

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, NAVEGACION, INDUSTRIA, LITERATURA, ETC., ETC.

SE PUBLICA

los dias 12 y 27 de cada mes.

REDACCION

Madrid, calle del Baño, n.º 1.

PUNTOS DE SUSCRICION EN MADRID.

Librerías de Durán, Carrera de San Geronimo, Lopez, Carmona, y Moya y Plaza, Carretas.

EN PROVINCIAS.

En las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería central, Giro Marítimo, etc., etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.

La correspondencia se dirigirá á D. Eduardo Asquerino.



SESIONES IMPORTANTES DE LA CORTES; DISCURSOS NOTABLES DE LOS PRIMEROS ORADORES ETC., ETC.

CONDICIONES

EN ESPAÑA, 24 rs. trimestre.

ULTRAMAR

y extranjero, 12 ps. fs. al año.

PRECIO DE ANUNCIOS

EN ESPAÑA.

2 rs. línea los suscritores y 4 rs. los no suscritores.

COMUNICADOS.

Los comunicados y remitidos, de 20 rs. en adelante por cada línea.

Los señores agentes de Ultramar responden de sus pedidos.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. EDUARDO ASQUERINO.—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Rios, Alarcón, Albistur, Alcalá Galiano, Arias Miranda, Atce, Arribas, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de Alvarez), Miguel de los Santos Ayala, Alonso (J.B.), Araquistain, Bachiler y Morales, Balaguer, Baralt, Becker, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, Calvo Asensio, Calvo Martín, Campoamor, Camus Canales, Cañete Castelar, Casiro, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Cuelo, Sra. Coronado, Cárdenas, Sres. Casaval, Dacarrete, DURÁN, D. Benjumea, Egulaz, Elías, ESCALANTE Escosura, Estévez Calderón, Estrella, Fernández Cuesta, Ferrez del Rio, Fernández González, Figueroa, Flores, Forteza, Sra. García Balmaseda, García Gutiérrez, Gayangos, Gener, González Bravo, Graells, Güel y René, Harzenbusch, Jaber Jiménez Serrano, Lafuente, Llorente, Lopez García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Lecumberri, Madoz, Madrazo, Montesino, Mañé y Flaquer, Martos, Moha, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Medina (Tristán), Ochoa, Olavarría, Olozaga, Olozabal, Palacio, Pastor Díaz, Pasaron y Lastra, Perez Calvo, Pezuela (Marqués de la) Pi Margall, Poe, Reinoso, Ribot y Fontseré, Ríos y Rosas, Retortillo, Rivas (Duque de), Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y González, Ros de Olano, Ramírez, Rosell, Ruiz Aguilera, Rodríguez (Gabriel), Saco, Sargaminaga, Sanchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcazar, Trueba, Vega, Valera Viedma, Vera (Francisco González); —PORTUGUESES.—Sres. Biester, Broderode, Bulhao, Pato, Castilho, César, Machado, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pires, Magalhes Continho, Mendes Leal Junior, Oliveira, Marreca, Palmeirim, Rebelo da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullro, Serpa Pimentel, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Aberdi Aiemparte, Balazero, Barros, Arana, Bello, Calcedo, Corpancho, Fombona, Gana, Gonzalez, Lastarria, Lorente, Matta, Varela, Vicuña Mackenna.

SUMARIO.

Revista general, por C.—Suelto.—Constitucion, usos y costumbres de los indios Peguenses, por D. Ildefonso Antonio Bermejo.—Sultos.—Caracteres distintivos de la novela francesa, por D. Fermin Gonzalo Moron.—La Eneida de Virgilio, traducida en verso castellano, por D. Ventura de la Vega.—Francisca Hernandez y Francisco Ortiz, por D. Andrés Borrego.—El Comercio de Cabotaje (I), por D. Francisco Javier de Bona.—Influencia de la filosofia matemática en el estudio y progreso de las ciencias exactas, (conclusion) por D. José Balanzat.—Crítica de Crítica, por D. Luis Garcia de Luna.—Sultos.—Una tempestad en una gota de agua, por D. P. Argüelles.—Anuncios.

LA AMERICA.

MADRID 27 DE AGOSTO DE 1866.

REVISTA GENERAL.

Quando dimos cuenta en un breve resumen del discurso pronunciado por el rey de Prusia al tiempo de abrir las Cámaras, no habia llegado aún íntegro á nuestras manos el documento á que nos referimos. Conociámosle en su esencia; pero nos faltaban los detalles. Hoy, que los tenemos, preguntamos: ¿Hasta cuándo será permitido velar con un lenguaje afectadamente místico los proyectos mas censurables?

El discurso pronunciado por el rey Guillermo el día 5 de Agosto ante las Cámaras convocadas bajo el entusiasmo producido por una guerra gloriosa, ofrece á cada paso á los ojos del lector escandalizado, párrafos como los siguientes:

«Al verme rodeado por los representantes del país, debo ante todo expresar mi reconocimiento y el de mi pueblo por la gracia divina, que no solamente ha ayudado á Prusia...»

«Con la bendición visible de Dios, el país ha luchado por la independencia de la patria...»

«¡Que la Providencia se digne derramar sobre el porvenir de Prusia las mismas bendiciones que tan visiblemente le ha concedido en su pasado!»

Hé aquí al rey de Prusia haciendo bajar á Dios de su inmensa altura, y obligándole á tomar parte en las miserables querellas de los hombres.

La suerte de la monarquía es providencial. El mismo Dios es quien manifiestamente vela por sus destinos.

En su pasado reciente, la Providencia ha derramado sobre ella sus bendiciones.

En la lucha por la independencia de la patria, en los triunfos que han señalado la marcha del ejército prusiano, al Este y al Oeste, el país ha contado con la protección visible de Dios.

En el momento en que el soberano de Prusia y los representantes del país se vuelven á encontrar en el recinto del Parlamento, lo primero debe ser postrarse ante la gracia divina, que no solamente ha apartado de las fronteras prusianas los peligros de un ataque enemigo, sino que ha permitido añadir nuevos laureles á la gloria hereditaria, y allanar el camino para el desarrollo nacional de Alemania.

El rey Guillermo ha dicho todo esto al pueblo prusiano reunido en Parlamento y á la Europa entera, que aguardaba con interés sus palabras.

Todo ha sucedido providencialmente con la intervención de Dios.

¿Es necesario que protestemos contra este sacrilego abuso de la idea divina?

¿Qué tiene Dios que ver con las miserias y con la barbarie de los hombres?

¿Cómo ha de ser providencial que por arrancar Prusia al Hannover, al Wutemberg, á la Hesse-Darmstadt un pedazo de territorio, arda la guerra desde los montes Carpatos al Rhin, se arruinen ciudades, se esterilicen campos, se tiñan los rios de sangre, perezcan millares de hombres, y se retroceda con el pensamiento á los tiempos de la mayor barbarie? ¿Cómo ha de ser providencial que el centro de Europa ofrezca el espectáculo de una ruina completa, cuando la obra de Dios ha sido siempre la creacion y la ordenacion?

¿Falsificación audaz de la historia y de los destinos de la humanidad!

Hay en nuestro siglo de progreso y de civilización evidente, ciertos contrastes que son para confundir á la inteligencia mas serena.

En este siglo en que la elasticidad y el vapor han realizado tantas maravillas; en que la imprenta y el desarrollo de la instruccion llevan á todas las clases tan grande suma de conocimientos; en que la asociacion mercantil y la difusion de los derechos políticos borra tantas distinciones, y en que la inclinacion natural á considerar to las las cosas bajo su lado práctico y verdadero destruye el prestigio de lo sobrenatural y maravilloso, sorprenden penosamente ideas como las del discurso del rey de Prusia, que nos trasladan á las supersticiosas creencias de los siglos medios.

Pase que nuestros antecesores del siglo IX creyeran en la aparicion del apóstol Santiago en la batalla de Clavijo, montado en su caballo blanco, repartiendo mandobles á los infieles sarracenos. Creian de buena fé, y esto y su atraso los disculpan.

Pero el rey Guillermo de Prusia, el soberano de un país que se distingue por una cultura intelectual de primer orden, el sucesor del amigo de Voltaire y del compañero de Leibnitz, ¿puede hablar con conviccion de ese papel que asigna á la Providencia en los destinos de Prusia, y que se reduce á proteger todas las cábalas y todas sus carnicerías, supuesto que la monarquía prusiana se ha engrandecido principalmente por la guerra?

Nosotros, que si no podemos llamarnos filósofos, por lo menos procuramos guiarnos por las ideas de una elevada filosofia, debemos protestar contra tal abuso de lenguaje, contra tan audaz usurpacion del favor providencial.

¿Qué ejemplo nos ofrecen por lo comun las naciones civilizadas de Europa, cuando se hallan en vísperas de lanzarse á una guerra exterminadora? El mas sacrilego, el mas repugnante.

La mentira se halla en los labios para asegurar cada beligerante que no le mueve á la guerra pensamiento alguno de ambicion, sino solamente la necesidad de defenderse.

Cada país pide á Dios la bendición para sus armas, ó lo que es lo mismo, el exterminio de su enemigo, y canta el Te-Deum de la victoria si consigue escribir en su historia el nombre de alguna jornada como la de Marengo, Sadova ó Solferino.

El fondo de paganismo que á través de los tiempos se ha conservado en las sociedades modernas no nos lleva solamente hasta los siglos medios; nos hace retroceder á los tiempos de Homero, en que los dioses tomaban partido por los hombres, se dividian en bandos, y procuraban auxiliar á sus héroes favoritos con alguna arma ofensiva ó defensiva, dotada de cierta virtud sobrenatural, como la gracia divina que el rey Guillermo ha descubierto, que favorecia á Prusia en sus batallas y en las cábalas diplomáticas.

¿Qué mayores méritos puede alegar el rey de Prusia para que la Providencia se haya declarado á su favor con preferencia á los soberanos de Austria, Baviera, Hannover, Wutemberg, Sajonia y las dos Hesses? ¿Qué pecados habian estos cometido de que no tenga aquel que acusarse?

Rompamos esas tradiciones paganas que escandalizan y rebajan á la idea moral de nuestro siglo.

No consintamos que lo que debe quedar fuera del impuro contacto del hombre sea manoseado con hipocresía.

No toleremos los que sentimos bullir en el alma la idea cristiana, y tenemos formado tan gran concepto de la Providencia, no toleremos que sea el manto con que se cubran ambiciosos desenfundados, violadores del derecho, y cómplices ó autores de grandes iniquidades, que la historia conserva en páginas sangrientas.

Al rey de Prusia que habla del destino providencial de su casa y del favor divino que se ha marcado en sus empresas, recordémosle los principios de la monarquía prusiana, y las faltas y aun crímenes que acompañaron á su engrandecimiento. Recordémosle que al lado de sábias providencias, de una política noble y generosa, se encuentran violencias y atentados á los cuales es sacrilego atribuir la sancion de Dios.

Mientras los plenipotenciarios austriacos y prusianos discuten en Praga los artículos del tratado definitivo de paz, el rey Guillermo continúa su obra providencial. En la sesion del día 17, la Cámara de los diputados ha oido de los labios del conde de Bismark la lectura del proyecto de ley que anexiona á Prusia el reino de Hannover, el Electorado de Hesse, el ducado de Nassau y la ciudad libre de Francfort. Merece este documento algun exámen, pero será breve. Emplearemos para mayor claridad el estilo forense.

Puntos de hecho:

«Nos, Guillermo, por la gracia de Dios, rey de Prusia, etc., hacemos saber, etc.»

«Los gobiernos del reino de Hannover, del Electorado de Hesse, del ducado de Nassau y de la ciudad libre de Francfort se han colocado por su participacion en la actitud hostil de la antigua Dieta, en estado de guerra abierta contra Prusia.»

La Constitucion germánica reconocia en cada Estado de Alemania el derecho de votar libremente en la Dieta federal sobre los asuntos de su competencia. El ejercicio de este derecho por Hannover, Hesse, Nassau y Francfort es lo que el rey Guillermo califica de estado de guerra abierta contra Prusia. ¿Y cuando esta potencia se preparó á invadir é invadió aquellos países, debian sus gobiernos esperar la agresion con los brazos cruzados?

Fundamentos de derecho:

«La necesidad política nos obliga á no restituírles ya el poder gubernamental de que han sido despojados por los triunfos de nuestras armas.»

«¡La necesidad política! El triunfo de nuestras armas! ¿Qué nacion poderosa no se creará en la necesidad política de engrandecerse á costa de un vecino mas débil? ¿Qué tranquilidad podrá esperar el mundo de la aplicacion de semejante doctrina? ¿Cómo ha de reconocerse por fundamento del derecho la fuerza victoriosa? Considerando de la sentencia:

«No ignoramos que solamente una parte de las poblaciones de esos Estados tiene como nosotros la conviccion de esa necesidad. Respetamos y honramos los sentimientos de fidelidad y de adhesion que unen á aquellas poblaciones á sus dinastías y á sus instituciones autónomas; pero confiamos en que su participacion activa en el desarrollo progresivo de la comunidad nacional, así como los miramientos con que serán tratados sus intereses particulares y legítimos, facilitarán la transicion inevitable á una nueva y grande union.»

Es decir, sabemos que rechazais nuestra dominacion, pero os forzamos á sufrirla. Es decir: «¡Ciudad libre de Francfort! Sabemos que te encuentras muy bien con tu régimen municipal, pero queremos someterte al unitario para que pierdas en libertad tanto como ganas en honra siendo gobernada por la política de los Bismark.»

Sentencia:

«Artículo 1.º TOMAMOS para nosotros y nuestros sucesores, en virtud del artículo 55 de la Constitucion del Estado prusiano, el gobierno del reino de Hannover, del Electorado de Hesse, del ducado de Nassau, y de la ciudad libre de Francfort.»

Por lo menos hay franqueza y lógica. Después de reconocer la adhesión de aquellos territorios a su autonomía, el rey de Prusia no podía hacer otra cosa que tomarlos. Hé aquí otro principio de derecho internacional, sancionado también, sin duda alguna, por la *gracia de Dios*, según el criterio providencialista del rey Guillermo; principio el más adecuado para derramar sobre Europa toda clase de bienaventuranza.

Si el rey de Prusia dice: «tomamos el Hannover, la Hesse-Electoral, el Nassau, y la ciudad libre de Francfort.» ¿por qué no ha de decir el emperador de Francia: «tomamos la orilla izquierda del Rin?» Y Napoleón lo ha anunciado, en efecto, fundándose en que el engrandecimiento de Prusia constituye un peligro para Francia, razón exactamente del mismo género que la de la necesidad política invocada por Prusia para no respetar la independencia de los cuatro territorios anexionados.

Grandes sombras envuelven todavía los términos en que Francia ha planteado su pretensión, la respuesta de Prusia y las consecuencias probables de esta nueva dificultad. La intimación ha sido hecha por Francia, y según parece, Prusia contesta con toda la cortesía imaginable que Napoleón III es un soberano muy digno y muy desinteresado; pero que no le cederá ni una sola pulgada del suelo sagrado de la patria alemana. Dicese también que habiendo hecho ya Prusia su negocio con la neutralidad de Francia, se vuelve hacia Rusia y le ofrece el ducado de Posen, es decir, la parte que le tocó en la antigua repartición de Polonia, si le deja obrar libremente en Alemania, y le ayuda en caso de guerra con Francia. ¡Siempre la misma política! ¡La suerte de los pueblos á merced de las ambiciones de los poderosos! ¡Polonia arrojada una vez más en la balanza como premio de la alianza de los opresores del Norte!

Hay liberales de buena fe que discurren de este modo. El conde de Bismark ha dominado la Alemania por la fuerza de las armas. Pero si ha de fundir las diversas nacionalidades, necesita emplear el sistema de la libertad. A ella acudirá en interés de Prusia, para realizar el grande imperio alemán. Recomendamos á la meditación de estos creyentes tan crédulos un solo hecho: Algunos días antes de la guerra, el conde de Bismark dirigió una circular á los gobiernos alemanes relativa á la reforma de la organización federal de Alemania. En ella se decía: «El poder legislativo será ejercido por la Dieta y por una representación directamente nacional, elegida con arreglo á la ley del imperio de 1849.» El día 17 de Agosto, es decir, hace siete días, el conde de Bismark ha manifestado ante la comisión encargada del mensaje de contestación al discurso de la Corona «que las necesidades del momento no permiten adoptar la Constitución del imperio de 1849.» ¡Limpio escamoteo de las esperanzas concebidas por la opinión liberal de Alemania!

Graves dificultades preocupan en estos momentos al emperador de los franceses. La cuestión de Roma, la cuestión de Méjico, la cuestión de Alemania, son otras tantas consecuencias de su política, que es preciso resolver, y que no se sabe todavía si concluirán sin algo de rubor para Francia.

Acércase el vencimiento del plazo en que las tropas francesas deben abandonar á Roma según los compromisos contraídos, y la conciliación entre Italia y el Papado, famoso programa napoleónico, se halla tan adelantada como el primer día. Italia no quiere oír hablar de que se retarde más tiempo su unidad, y el soberano de Roma apremia á Napoleón para que no retire su ejército, porque el momento de su partida será el de la ruina del poder temporal.

La emperatriz de Méjico se halla en París con una pretensión análoga á la del Santo Padre. Va llegando el día de la liquidación de cuentas entre Napoleón y los Estados-Unidos: y la emperatriz suplica que los franceses continúen en Méjico sosteniendo el imperio, que se derrumbará sin su ayuda.

El pueblo francés se pregunta: ¿De qué ha servido nuestra política de intervención en Roma, si al fin de ella ha de temerse siempre un gran cataclismo? ¿Cómo no ha habido perspicacia suficiente para comprender que se emprendía el imposible de armonizar dos términos inconciliables? ¿De qué han servido los hombres y los millones empleados para levantar un imperio en Méjico? ¿Cómo no se ha comprendido la imposibilidad de la empresa? ¿De qué ha servido la condescendencia tenida con Prusia en Alemania, si después de engrandecerse á sus anchas, niega á Francia las compensaciones que juzga necesarias?

La opinión general inquieta no recibe explicación ni satisfacción alguna. Pregunta, y nadie le contesta. El *Monitor*, en vez de publicar boletines sobre los negocios públicos, se ocupa en darlos de los paseos del emperador, «S. M. ha recorrido el *boulevard* del emperador, la *llanura de Longchamps* y el bosque de *Boulogne*.» Esto nos recuerda el final del Boletín núm. XXIX en que Napoleón I anunció á Francia la pérdida del gran ejército en las heladas llanuras de Rusia. «¡La salud de S. M. jamás ha sido mejor!» Buen consuelo para un millón de padres y esposas. «¡S. M. ha paseado en el bosque de *Boulogne*!» Buen consuelo para Francia, asediada de cuidados en Méjico, muy poco atendida en Roma, y desahuciada por el conde de Bismark en sus pretensiones.

El Parlamento inglés ha suspendido sus sesiones. El mensaje real leído por los lores-comisarios al despedir á los representantes de la Gran Bretaña contiene las siguientes notables palabras:

«Con la mayor satisfacción felicita la reina al país y al mundo entero por el éxito de la grande empresa encaminada á unir telegráficamente á Europa y América. Apenas pueden preverse los beneficios que la humanidad está llamada á reportar de este triunfo de la ciencia.

«S. M. se congratula al espresar que comprende cuanto

«se debe á la energía particular de los hombres, que sin desanimarse por repetidas contrariedades, han llegado por segunda vez á establecer comunicaciones directas entre los dos continentes.

«S. M. espera que ningún obstáculo interrumpirá el éxito de esa grande empresa, que estrechará sin duda alguna los lazos que unen á las colonias inglesas de la América del Norte con la madre patria, y aumentará los sentimientos de amistad que deben existir entre los Estados de S. M. y la gran República de los Estados Unidos.»

¡Qué profundo contraste! El rey Guillermo anuncia al Parlamento de Prusia las conquistas de la guerra. La reina Victoria rinde homenaje ante el Parlamento de la Gran Bretaña á las conquistas de la paz y de la ciencia. El paralelo no es desfavorable á la última. ¡Cuánto más grande é inteligente parece la magestad felicitando á los hombres que por sí solos, sin ayuda del gobierno, unen continentes, estrechan las relaciones de amistad entre los pueblos, y preparan el brillante porvenir de la fraternidad universal! Esos hombres no conquistan á fuerza de sangre un pedazo de territorio; conquistan sin lágrimas á la humanidad entera, la cual les paga un tributo de admiración en reconocimiento de superioridad.

El general Lamarmora ha presentado la dimisión de jefe de Estado mayor del ejército italiano. Le reemplaza el general Cialdini. El general Pettinengo, ministro de la guerra, ha dimitido igualmente. Le sucede el general Cugia. El general Lamarmora ha renunciado también el cargo de ministro sin cartera. Todo esto no significa otra cosa sino que desde la muerte del conde de Cavour, Italia tiene la desgracia de no haber encontrado su hombre de gobierno.

Garibaldi se retira á la isla de Caprera, descontento de que la tregua primero, y las negociaciones de paz después, hayan detenido al ejército italiano antes de arrojar completamente del Véneto al extranjero.

«Os he oído con orgullo, dice en una proclama á sus voluntarios, lamentaros de la tregua que os ha detenido en la persecución del enemigo. ¡Que Dios os bendiga! ¡Italia puede enorgullecerse de vosotros! Si dentro de un mes el extranjero no ha cesado de querer imponernos inaceptables exigencias, entonces unidos á vuestros generosos hermanos del ejército regular, romperemos los últimos hierros que deshonran á este grande y desgraciado pueblo.»

Pero las hostilidades no se renovarán. A la tregua han sucedido negociaciones definitivas de paz. Dos cuestiones han de agitarse en ellas principalmente: la demarcación de la frontera del Tyrol, y la indemnización que Austria reclamará por la cesión del Véneto. Respecto á la primera, Italia exigirá algunas fuertes posiciones que considera necesarias para su seguridad, y que Austria á su vez quiere retener por la misma razón. En cuanto á la indemnización que Austria se obstinará en reclamar é Italia en rehusar, dará motivo para largas contestaciones.

El día 11 del próximo diciembre espira el plazo dentro del cual las tropas francesas deben retirarse de Roma. La cuestión del poder temporal de la Santa Sede, que sin la intervención de Europa estaría resuelta desde hace diez y ocho años, enardece hoy á las partes en ella interesadas. Atribúyese á Pio IX distintos proyectos. Quién supone que esperará inmóvil los sucesos; quién que se adelantará á ellos, ofreciendo á Napoleón el vicariato temporal de los Estados de la Iglesia; quién que negociará con el gabinete de Florencia. Los que suponen la inmovilidad de la Santa Sede aseguran que las cosas pasarán del modo siguiente: Roma, abandonada á sí misma, saldrá de manos del Papado: se instalará un gobierno unitario: el Papa, retirado en el Vaticano, y guardado por sus zuavos pontificios, verá los sucesos sin oponerse á ellos. Los romanos encontrarán poca ó ninguna resistencia para la ejecución de sus proyectos. Harán su revolución; proclamarán la anexión, y pedirán á Florencia un prefecto, que les será enviado, guardando el respeto más profundo al poder espiritual del Santo Padre. El programa es tan sencillo como hacedero, si alguna influencia exterior no se empeña en dificultar el camino á las aspiraciones del pueblo romano.

Ha causado sensación en Europa un hecho sencillo en sí mismo, pero abultado por los comentarios. Una escuadra norte-americana ha visitado el puerto de Cronstadt. La oficialidad ha sido recibida con gran distinción por el emperador Alejandro en San Petersburgo, y el almirante de la República federal se ha honrado estrechando la mano del plebeyo ennoblecido, que hace poco tiempo salvó la vida del soberano de una nación, que debe ser por muchas razones íntima aliada y amiga de los Estados-Unidos. El emperador Alejandro se ha dignado visitar los buques de esta potencia, y el *Diario de San Petersburgo* proclama á son de trompeta que los americanos y los rusos se quieren como hermanos; que la cordial visita de Cronstadt en nada se parece á la forzada entrevista de Cherburgo, y que Rusia y América, al estrecharse cordialmente la mano derecha, no ocultan el puñal en la izquierda. De aquí que algunos hayan visto ya una irrupción de rusos y norte-americanos en el Occidente de Europa. Es dar demasiado vuelo á la imaginación. La visita de la escuadra americana es hoy apreciable como síntoma curioso, mas no como un motivo político de temores exagerados.

Resultó cierto el viaje de la emperatriz de Méjico á Francia. La animosa Carlota ha tomado á su cargo la misión de obtener del soberano francés que no retire sus tropas en el plazo marcado, y que se aplaque para tiempos mejores, para cuando el Tesoro mejicano se halle más desahogado, el pago de la deuda francesa, sin lo cual el imperio de Méjico se vendrá abajo. Han mediado entre Napoleón y la emperatriz conferencias, cuyo resultado no ha trascendido al público; pero las cosas han llegado ya á tal punto, que no nos parece dudosa la respuesta del soberano de Francia. Puede reconocer la superioridad de la emperatriz Carlota, y ren-

dir un homenaje de respeto á la valerosa decisión con que ha atravesado el Océano para desempeñar por sí misma una misión tan delicada; pero el descontento de Francia por la expedición de Méjico y los solemnes compromisos contraídos con los Estados-Unidos le fuerzan á realizar la evacuación en el tiempo señalado.

La isla de Candia se ha sublevado, proclamando su separación de Turquía y la anexión al reino de Grecia. Parece que los excesos de las autoridades turcas son las que han impulsado á las poblaciones á la rebelión.

Una grave perturbación ha ensangrentado las calles de Nueva Orleans. Los radicales acusan á los conservadores separatistas y á los partidarios de la esclavitud de haber provocado el tumulto; estos, por el contrario, arrojan toda la responsabilidad sobre los radicales unionistas. Desde el tiempo de Lincoln existía en la Luisiana una convención particular de republicanos radicales, creada con el objeto de ayudar al gobierno de Washington en el restablecimiento de la Unión. Mucho había ya que no celebraba sesiones, cuando el 30 de Julio se reunieron veintiseis miembros en Nueva Orleans. Una muchedumbre numerosa rodeó el edificio, profiriendo amenazas contra los convencionalistas. Por otra parte, llegaron antiguos soldados del ejército federal, y bandas de negros que venían á manifestar sus simpatías á la Convención. De estas dos fuerzas contrarias resultó el choque, que hizo más grave la intervención de la policía, la cual se unió á los enemigos de la Convención, derribando las puertas, maltratando á los convencionales, y aun hiriendo gravemente á algunos de ellos. El desorden y el combate se extendieron por toda la ciudad, y cuando se proclamó la ley nacional y se restableció el orden, se contaban cincuenta muertos y ciento sesenta heridos. No solamente es cierto que la policía se ha unido á los perturbadores que trataron de impedir á ciudadanos pacíficos el derecho de reunirse, sino también que ha cometido crueldades inútiles. Hácese subir hasta el presidente Johnson una gran parte de la responsabilidad de estos sucesos por las órdenes que había comunicado á las autoridades de Nueva Orleans en odio al partido republicano. De todos modos se echa mucho de menos la política elevada y la firmeza del presidente Lincoln.

Se ha fijado en las calles de Madrid el bando siguiente:

«D. Juan de la Pezuela, etc., etc. Ordeno y mando: «Además de los delitos sometidos al consejo de guerra por el bando de mi antecesor de 22 de Junio último, serán juzgados en igual forma, desde la publicación del presente los reos de los delitos de contrabando, defraudación y sus conexos, y los de robo y hurto, así como igualmente los de todos los delitos ó faltas que tengan relación con el orden público.»

Por el ministerio de Ultramar se ha espedido un real decreto importantísimo para la isla de Cuba. Suspende por el término de seis meses todos los derechos de exportación que se cobraban según el arancel vigente sobre los productos de la rica Antilla. En este lugar solo nos toca dar á aquella disposición un aplauso sin reserva de ningún género, espresando al mismo tiempo el deseo de que se convierta en definitiva y permanente aquella medida temporal y transitoria.

C.

P. D. Hé aquí las noticias que recibimos á última hora:

«Se ha firmado la paz entre Austria y Prusia. Al mismo fin han llegado las negociaciones entre esta potencia y Baviera.

El gobierno de Munich pagará al prusiano una indemnización de guerra de 36 millones de florines. Además Baviera cede á Prusia los distritos de Ort, Gersfeld, Hilters y Tann en la Baja Franconia, que representan una población de 40.000 habitantes. El gabinete bávaro se dá por muy contento con esta pérdida, pues temía que hubieran de ser mayores los sacrificios que tuviese que realizar para satisfacer á Prusia victoriosa.

Las negociaciones de paz entre Italia y Austria se celebrarán en Viena. El general Menabrea ha llegado á esta capital para tomar parte en ellas, como plenipotenciario del gobierno de Florencia.

No es tan fácil vencer á la opinión como á un ejército. El conde de Bismark lo está probando. La Cámara de los diputados de Berlín ha adoptado un proyecto de mensaje que será definitivamente aprobado por inmensa mayoría. Hé aquí una parte de ese documento, que demuestra que la nueva Cámara se halla animada del mismo espíritu liberal que su antecesora:

«Los resultados obtenidos hasta ahora son ya de grande importancia. Tales son la disolución de la Confederación que desde hace cincuenta años se había mostrado tan perjudicial como importante; la separación de Austria, la reducción de los Estados pequeños, la extensión del poder nacional, y la perspectiva de que en un plazo no lejano, Alemania, unida políticamente, se desarrollará bajo la dirección del gran Estado alemán.

«Estos frutos no llegarán á madurar «sino por medio del acuerdo y el concurso del gobierno y de los representantes del país. La sangre de valientes soldados ha sancionado por segunda vez los derechos más preciosos de la nación, es decir, la libertad política y la participación en la vida pública. Sin asegurar la conservación y el complemento de los derechos constitucionales de la nación, y sobre todo, «sin fundar la autonomía, mucho tiempo esperada, de los municipios y de las provincias, no podíamos contar en Alemania con el apoyo de los corazones, que es el único que dá al poder fuerza y duración.»

El archiduque Alberto ha dirigido al ejército austriaco una orden del día, en la cual se revela grande confianza en el porvenir de Austria. El archiduque procede muy cuerdatamente definiendo sus esperanzas al porvenir, ya que el presente es tan nublado. Su proclama merece, sin embargo, alguna atención por los sentimientos de fidelidad al emperador Francisco José que

en ella se espresan. Debe recordarse que despues del desastre de Sadowa, y cuando se supo en Viena la aceptación del armisticio, el pueblo prorumpió en gritos hostiles al emperador mientras aclamaba al archiduque Alberto.

Los Estados-Unidos tienen lecciones para todos. El representante en Francfort de la gran República americana ha enseñado el modo de tratar al gobierno prusiano para hacerle entrar en razon.

Cuando las tropas prusianas ocuparon á Francfort, el general Mantentfell previno á M. Murphy que tanto él como sus compatriotas no podian librarse de tantos alojados en las casas. M. Murphy replicó: «Señor general, permitidme que os advierta que nuestra escuadra se halla en el Báltico.» Y se retiró sin mas esplicaciones.—Los americanos no tuvieron ningun alojado.»

## EL PORVENIR.

DIARIO POLÍTICO DIRIGIDO  
por  
DON EDUARDO ASQUERINO.

Por causas que están al alcance de todos, *El Porvenir* no podrá aparecer en el próximo Setiembre, segun estaba anunciado.

### CONSTITUCION, USOS Y COSTUMBRES DE LOS INDIOS PEGUENCHES. (Chile.)

Por mas investigaciones que hemos practicado con objeto de averiguar, si estos indios tenian algun monumento ó tradicion acerca de su origen, nunca hemos podido descubrir ni obtener otra noticia que la siguiente: Que sus primeros padres debieron nacer en los mismos terrenos que ocupan actualmente, así como debieron nacer los progenitores de las otras parcialidades, á las que contemplan desde su origen diversas, sin mas relacion que la del paisanazgo. Por esta causa conserva aun esta tribu la desunion con las otras, y se hostilizan con tanta frecuencia, sin que los contenga ni detenga las paces que en diferentes épocas han celebrado en los parlamentos generales de Chile, á los que todos asistian. Desde tiempo inmemorial, dicen los indios Mamilmapuñ los hubieron en sus lugares, pero no saben de dónde vinieron.

Siendo igual su lenguaje al de los Guilliches, llanistas y demás tribus, parecia natural que tambien fueran unos en sus condiciones sociales, con tanta mas razon cuanto que su fisonomía, maneras y costumbres son las mismas. Sin embargo, hemos observado que los PeguENCHES tienen el cabello mas rubio que las otras tribus.

Sus facciones son un tanto regulares, y agenos á corregir las cualidades físicas que han recibido de la naturaleza, se contentan con taladrarse las orejas para llevar un aro de metal ó de hilo, y con pintarse la cara con diferentes colores.

Unos se cubren el rostro con una banda negra, dejando libres las orejas y la garganta; otros tiran por encima de los ojos y narices hasta las orejas una línea horizontal de dos dedos de ancho; otros se afeitan los carrillos ó se pintan sobrecejas y bigotes, ó lo que les parece mejor para *hermoscarse*, segun ellos mismos dicen.

Los colores que usan comunmente en estos afeites son el negro, colorado, azul y blanco, con la diferencia de que el blanco no lo emplean sino para tirar alguna línea á la orilla de los demás.

El negro con el cual se entintan, le extraen de una piedra muy negra, á la que dan el nombre de *yama*. La trituran restregándola una con otra hasta que lo gran pulverizarla; en seguida mezclan este polvo con grasa derretida de cordero, con cuyo beneficio resulta una especie de argamasa muy suave renegrida y estreadamente lustrosa. El color rojo lo extraen de otra piedra, que llaman *colo*; el azul de otra, á que dan el nombre de *codin*, y el blanco de otra, que llaman *palan*.

La piel de estos indios es por lo regular cobriza, habiéndose observado que durante la infancia aparece con un tinte menos oscuro.

Su estatura es de unos cinco piés y seis pulgadas, y son mas robustos que los indios pertenecientes á las demás tribus.

El cabello es negro, pero las puntas tienen un color rubio; la cara redonda, los ojos un tanto hundidos, la nariz aplastada, la boca mas pequeña que la de los indios Peruanos, los dientes muy blancos, las piernas musculosas y bien formadas, y los piés y las manos pequeños.

El cabello es muy abundante, y se peinan trayéndole desde la nuca á la parte superior de la cabeza, sujetándolo solo por medio de una cinta ancha con la cual se ciñen la cabeza, cayendo las puntas sobre la frente. Esta cinta, que ellos llaman *tarinlonco*, la forman de pañuelos de seda muy finos, comprados á los Europeos.

Las mujeres tienen una fisonomía mas delicada, como lo exige el sexo; y generalmente son muy feas.

La nacion de los PeguENCHES vive sin cuidado ni fatigas; está dotada de una fuerte complexion á causa del temperamento; los PeguENCHES empiezan á encanecer á los 6 años; es decir, que no se cubren de arrugas ni encanecen hasta que han llegado á ser muy viejos. Vimos muchos octogenarios que todavía conservaban la dentadura completa, y tenían además la cabeza cubierta de abundantes cabellos.

Cuando conocen que hay cobardía en el adversario son intrépidos y muy atrevidos, y muy tímidos cuando suponen valor y fuerza en el enemigo. Contemplan la guerra como la última desgracia que puede acontecerles. Atacan al contrario cuando le ven desprevenido, pues son muy dados á la traicion; sus hostilidades no tienen otro objeto que el robo; y si encuentran desprevenida á la tribu enemiga, proceden al degüello y procuran disolverla, cautivando cuantos muchachos y mujeres hallan en su empresa devastadora, en cuya presa ponen su mas grande interés.

Son interesados, desconfiados y maliciosos. Cualquier regalo ó dádiva que se les hace basta para conseguir de ellos lo que se quiera.

En cierto modo hay sobrado fundamento para el recelo y desconfianza que tienen hácia los Europeos, pues son muchas veces engañados. Bastantes españoles se han internado como amigos en sus tierras, y han forjado mil embustes, y prometido lo que nunca podrian cumplir. Han hecho con ellos un comercio por el triple de su verdadero valor; y como despues han conocido el engaño, ha resultado naturalmente el recelo hácia todo lo extranjero.

El traje que usan estos indios se reduce á dos mantas de dos varas y media en cuadro, tejidas con hilos muy torcidos. Los trages diarios son de color azul turquí, y los dias de gala y lucimiento se ponen fajas de otros colores matizadas de algunas labores. Doblán una de estas mantas á lo largo mas de una tercera parte, se la envuelven á la cintura sujetándola con una faja angosta: esta manta se llama *chamal*. Sobre esta atadura hacen una lazada corrediza á una piedra redonda como de dos libras de peso, forrada con piel fresca de caballo, á la que llaman *laque* ó bola. La otra manta, que tiene una abertura en el centro de una media vara, se la calan por la cabeza para cubrirse todo el cuerpo, á lo cual dan el nombre de *poncho*. El chamal no les llega mas que hasta la pantorrilla, y aunque muchos llevan desnudas las piernas y los piés, los mas usan botas fuertes, que fabrican con pieles de gaymules, curtidas con ceniza para pelarlas y sobarlas á mano, con lo cual las dejan tan suaves como el ante. Regularmente no se ponen mas que el chamal, llevando desnudo el resto del cuerpo; y solo cuando montan á caballo se calan el poncho.

Son muy afectos al caballo, sobre los cuales practican todos sus ejercicios, debiendo advertir que montan airoosamente, y que son muy diestros en el manejo de la brida. Los atavíos con que adornan sus caballos son parecidos á los nuestros, pero tienen además un objeto que recibe el nombre de sudadero, un tejido de labores preciosas que colocan debajo de la silla, y que cubre todo el caballo desde la cruz y espaldilla hasta los cuadriles hijares. En Chile, toda la gente del campo, á los cuales llaman guazos, gastan estribos de madera en figura de triángulo, con un hueco en que entra la punta del pié; pero los indios PeguENCHES gastan estribos de hierro ó de palo elástico, del que forman un aro. Casi todos los PeguENCHES poseen cabezadas forradas de plata y espuelas del mismo metal, y algunos tienen de esta clase de alhajas tres ó cuatro pares que han obtenido en cambio de ponchos, mulas ó vacas, ó bien por los casamientos de sus hijas, ó por despojos cogidos á los enemigos en tiempo de guerra.

Las PeguENCHES son tambien muy aficionadas al caballo, y son buenas ginetas.

Estas indias tambien se visten con dos mantas de color rojo; y son mas angostas que las que usan los hombres y proporcionadas á su estatura: á una de estas mantas llaman *quedeto*, es decir, á aquella con que se envuelven el cuerpo. Se ponen una faja en la cintura, á la cual dan el nombre de *quepigüe*, que tiene una hebilla para apretar. Estas piezas constituyen uno de los adornos en que ponen mas cuidado para su lucimiento, porque lo suelen matizar de varios colores. Teniendo el cuerpo adornado del modo que acabamos de indicar, se colocan la otra manta sobre los hombros á guisa de capa, á la que dan el nombre de *iguilla*, y se la sujetan al pecho con una grande aguja, cuya cabeza es una bola de plata, que toma el nombre de *tupo*. Se ciñen la garganta con dos ó tres sargas de monedas de plata y otros objetos del mismo metal: usan además pulseras de la misma clase, y se ciñen los tobillos con sargas de cuentas de plata. Para adorno de la cabeza trabajan unos trenzados de estas mismas cuentas, á lo cual dan el nombre de *tapagüe*. El peine es un manojito de raíces delgadas y secas, con el que se escarmanan el pelo que dividen con los dedos en dos partes, y entonces se calan el *tapagüe*.

Forman sus habitaciones con pieles de caballos, cosidas unas con otras por medio de cuerdas que sacan de los nervios de los potros. Para armar estas habitaciones ponen los indios unos horconillos clavados de mayor ó menor para que tengan descenso las aguas: sobre la horqueta de los horcones colocan algunas varillas ó cañas atravesadas, y sobre esta armazon tienden por una y otra parte el paño de pieles. El aspecto que presentan estas habitaciones es feísimo, y su interior incómodo y desordenado. Segun las mujeres que habitan dentro, son las divisiones, pero deslindadas tan solo con la piel de un caballo. Sus colchones son dos ó tres pieles de ganado lanar. Reina un desaseo y una fetidez repugnante en lo interior de estas habitaciones.

El toldo, es decir, la casa del cacique, con sus mocetones y sus establecimientos de ganado, se sítia á orillas de algun riachuelo. Luego que están talados los campos donde han fijado su residencia, se trasladan á otro sitio, sucediendo por lo regular, que el que mas hacienda tiene es el que menos permanece en su lugar.

Digamos ahora alguna cosa acerca de la constitucion y leyes de los PeguENCHES.

Esta nacion, que se juzga independiente de las demás, no tiene con ellas ninguna estrecha alianza, ni guarda la debida subordinacion á sus propios jefes, sino por un efecto de tolerancia que á cada momento atropellan.

Los ancianos mas antiguos, ó los mas ricos, son los que se titulan caciques ó guilmenes. Este título que se granjean por sus hechos, si los de sus antepasados fueron tambien recomendables, brilla mas en el sugeto que le lleva. Por lo tanto, el hijo de un cacique que no es valeroso, que no se ha hecho rico, que no ha hecho ninguna hazaña meritoria, no es nada, y se le considera como un *moceton* despreciable, y entonces el título de cacique lo hereda el indio mas valiente, de mejores discursos y que tiene mas comodidades.

Los caciques no tienen ninguna clase de jurisdiccion para castigar ni premiar á nadie. Allí cada uno es juez de su propia causa, y por consiguiente á nadie se tiene respeto. Si algun guilmen quiere atropellar á un moceton, y este se siente con mayores bríos, acomete á su jefe, lo acuchilla y aun lo mata, y lejos de merecer un castigo, se recomienda á los ojos de toda la tribu por haber rendido á un guilmen, que es lo mismo que decir á un hombre fuerte. Pero si el cacique tiene mas parientes que el moceton, se dan todos por agraviados, y la emprenden contra el moceton á fin de que les pague, y si no lo verifica, le matan. Este resultado es el único freno que tienen; pero de todas maneras, el mérito de haber hecho armas contra el cacique no lo pierde, aun cuando pierda sus bienes.

Los delitos que se contemplan mayores y dignos de castigo son el homicidio, el adulterio, el robo y la hechicería. El que mata debe ser muerto por los parientes del difunto, ó debe compensar con dádivas y con su trabajo personal la injuria á los mismos parientes. La adúltera paga con la vida, pero ha de ser con la licencia y consentimiento de sus parientes, porque de lo contrario perece en manos de ellos el marido que la mató. El ladron ha de pagar lo que roba, y cuando no tiene con qué satisfacerlo, el dañado se hace pago con la hacienda del pariente mas inmediato del delincuente.

Los hechiceros ó hechiceras mueren quemados por los parientes del delincuente, y estas son justicias que frecuentan mucho, pues casi todos los que mueren ha sido porque los han hechizado.

Cuando han terminado los funerales, consultan al adivino ó adivina. Esta, mediante una buena retribucion, declara quién es la bruja que hizo la muerte, y sin mas autos, todos los parientes del difunto acuden de madrugada contra la hechicera, la conducen á una hoguera, que encienden en el campo, la cojen unos por los piés y otros por las manos y la tienden sobre el fuego, recomendándole que confiese quiénes fueron las demás brujas que la ayudaron á hacer la muerte. La infeliz delata á quien se le antoja y la dejan que se convierta en cenizas. Al día siguiente hacen lo mismo con la delatada ó delatadas.

Este sistema es allí un manantial de crecidos desórdenes, que se opone al aumento y conservacion de la tribu, pues cuando por el capricho de las fingidas adivinas se culpa la muerte de alguna persona á algun individuo de otra tribu, suceden los saqueos y las guerras hasta cojer á la hechicera.

Su gobierno militar es mas razonable que el civil. Un agravio, una ofensa es lo que obliga á los PeguENCHES á tomar las armas, y para ello tratan y consultan de la siguiente manera: El agraviado visita á todos los caciques, hace presente sus quejas, y cuando ya están todos enterados, se convocan para su juego de *chueca*, ó *una bebda*, á lo que nosotros daríamos el nombre de un banquete diplomático. En medio de los placeres ó de la diversion, el mas viejo de los guilmenes hace puntual relacion de la ofensa que se le irrogó á uno de su tribu, pondera el agravio con las mas vivas espresiones, hace ver la satisfaccion con que podria compensarse, y termina exhortando á todos sus compatriotas á tomar las armas para vengarse como lo hicieron sus autores. Despues de esto, todos hablan libremente, y si el partido mayor es de parecer que se tomen las armas, queda el asunto definitivamente resuelto y se señala el dia en que deben juntarse ya dispuestos para la guerra, es decir, con sus víveres, armas y caballos. En este caso, el que hace de general para dar el avance, es siempre el agraviado, y cuando se encuentran ya cerca del enemigo hacen el juramento de morir ó vencer.

La hora del primer ataque es generalmente al romper el dia, pues la conceptúan la mas acertada para encontrar al enemigo desprevenido, se acercan con profundo silencio, despues de haber antes puesto sus vigias, penetran en la toldería enemiga y se dejan caer de improviso matando, cautivando y robando cuanto encuentran.

Las armas que usan los PeguENCHES son lanzas, laques y un macheton ó cotana, pero no espadas ni sables, armas que no apeten, ni saben manejar. Tambien hacen uso de la honda. Para salir á la guerra gastan unos sombreros de cuero de vaca, cuyas costuras aparecen tapadas con hoja de lata, y una especie de colete del mismo cuero, que se asemeja á una de nuestras antiguas casacas, que los cubre hasta las rodillas, y un cuello que les circuye el pescuezo. Nos parecia imposible, cuando vimos este traje, que con él pudieran moverse, ni hacer uso de sus manos. El morrion y el colete lo pintan con muchas rayas ó figuras horribles, con el objeto de atemorizar al enemigo. Siempre que van á la guerra, llevan consigo el mejor caballo, la mejor espuela; en fin, todo lo mejor que tienen, preocupados con la idea de que allí llevan aquellas prendas para que no les falten en la otra vida.

La nacion mas belicosa y brava entre los indios de todo el continente, es la de estos PeguENCHES, segun

todos confiesan, y es de inferir que así sea, teniendo en cuenta la separación que observan de todos los demás, sin embargo de ser la menor en número y á la que todos temen.

Los despojos de la guerra entre los Peguenches son del que los toma, y de ningún modo repartibles. Para mejor despojar á los muertos llevan á las guerras á sus mujeres ó hijos, que son los que se emplean en este ejercicio.

El mejor botín que puede hacerse, y el que mas aprecian, es el de las mujeres y el de los niños. Si la mujer agrada al que la cautiva, se casa con ella, sin tener que pagar, y si no le acomoda ó la quiere otro, le paga cuanto pide el dueño. También pueden venderla á cualquiera otra nación, ó cangearla con otro pariente, y entre tanto sirve de esclava, pero siempre dándola buen trato, porque son muy humanos en tiempo de paz. Los niños los quieren, porque los venden á los comerciantes europeos, en la cantidad de treinta ó cuarenta pesos.

Los indios Peguenches creen en un solo Dios, que creó todas las cosas y las gobierna. Cuando les acontece una desgracia, creen que los ha abandonado. Echan la culpa de sus infortunios á Gueculbú, que es un ente maligno que crea todos los males, teniendo á las hechiceras por secuaces de este ser imaginario. No hacen ningún género de sacrificio, ni rinden ninguna clase de culto exterior. Creen que Dios debe favorecerlos precisamente, que no deben rogarle para que los socorra, pues, como padre, debe atender á todas sus necesidades. Suponen que las acciones son libres, y que por malas que sean, Dios no puede ofenderse de ellas. Son muy agoreros; creen en los sueños, en el ahullido de un perro, en la aparición de una zorra, y en otras muchas ridiculeces en que creyeron sus padres, sin que haya razones suficientes que puedan engañarlos de estos errores.

Convienen en que son formados de cuerpo y alma; en que el cuerpo se corrompe, y dicen que el alma vá á cimentarse á la otra parte del mar, en donde se goza una vida eterna, y de todos los animales y frutos, que existen en aquel parage, que son comunes. Añaden, que en ese lugar hace mucho frío, y para que su espíritu no lo padezca, se queman los brazos con un tizon, asegurando que de esta manera guardan fuego á fin de que Dios no les dé allí frío.

Cuando alguno muere, se reúnen para llorar en derredor del cadáver todos los parientes, y así permanecen mucho tiempo. El cuerpo del difunto aparece en medio del cerco vestido con su mejor ropa. Durante el duelo hacen gimiendo memoria de sus hazañas y de los beneficios que hizo, y así que ha terminado el duelo, cenan el concurso y vela toda la noche.

Al siguiente día, con grande acompañamiento sacan el cuerpo del tóldo, estando ya ensillado el mejor caballo que posea el difunto, y con los mejores avíos. Le echan sobre el animal atravesado, y por debajo de la barriga atan los pies á la cabeza del difunto y así le conducen hasta el lugar de la sepultura. En otro caballo conducen la cama y demas aperos del difunto, con los cuales le han de enterrar. Abierta la fosa, tienden la cama y sobre ella ponen al muerto, dejándole descubierta el pecho y la cara. Desnudan el caballo, y colocan el freno cerca de las manos del difunto, lo mismo que las espuelas, la silla y el machete. Luego meten en la sepultura una olla llena de comida, y una cuchara de palo, un cántaro con agua y algunas monedas de plata. Tienden sobre todo esto un cuero de caballo y echan despues tierra encima. Los caballos que llevaron la carga son despues ahorcados de los dos árboles mas próximos á la sepultura.

La cuenta que hacen de los tiempos es por lunas. Dividen el año en doce cuyenes. Los significados que dan á los cuyenes ó meses son los siguientes:

Gualenquiyen.....	Enero, mes de calor.
Inamquiyen.....	Febrero, tiempo 2.º de calor.
Atenquiyen.....	Marzo, tiempo de piñones.
Unemnimí.....	Abril, tiempo de yerba perdiz.
Inamquiyen.....	Mayo, tiempo en que sigue la yerba.
Inee-curiguenu.....	Junio, tiempo 1.º del cielo negro.
Llaque-cuye.....	Julio, id. 2.º de cielo negro.
Penquen.....	Agosto, mal tiempo para los viejos.
Inan-curiguenu.....	Setiembre, tiempo de brotes.
Guta-paguín.....	Octubre, el brote crecido.
Guequilqueyen.....	Noviembre, tiempo de desganchar.
Villa-quillen.....	Diciembre, tiempo de necesidad.

A este mes le llaman de la necesidad, porque ya han consumido los granos que traen de las fronteras.

Las estaciones las computan en cuatro partes; á la primavera, llaman *tripantú*; al estío, *gualtripantú*; al otoño, *deumatranquem*; y al invierno, *puquem*. No hacen division entre el día y la noche, y para sus cuentas toman las noches por punto de partida, de modo que si deben citarse para dentro de tres días, por ejemplo, se esplican diciendo que es para dentro de tres noches.

A las estrellas les dan la denominación de *huaglenú*, al cielo, en general, *quenumapú*, y á la luna *guillenmapú*.

Cuando acontece algun eclipse de sol, á lo que llaman *layante*, y lo cual quiere decir, *el sol ha muerto*, lo contemplan como pronóstico de que algun grande de la tribu va á morir.

A pesar de ser los Peguenches una gente selvática, y de carecer por lo tanto de instruccion, es cosa apreciable entre ellos saber hablar bien, y esto es tan cierto cuanto que mientras mas elegantes son en el modo de expresar sus ideas, tanto mayores el respeto y consideracion que conquistan de los hombres de su nacion, y aun de las estrañas. Cuando celebran alguna asamblea con motivo de algun festejo, los mas aventajados pronuncian discursos muy largos, y generalmente los terminan estimulando á sus compañeros para que se instruyan y ad-

quieran todos los conocimientos necesarios para que los hombres que habitan mas allá de los mares no los tengan en menos.

Como educan á sus hijos, sin darles nociones acerca del temor y respeto á los mayores, y observan desde su infancia que vale siempre mas el que mas puede, que no hay castigos para la desobediencia, se fomenta entre la juventud un espíritu de arrogancia, difícil de comprender. Saben que la elocuencia se hace acreedora á las atenciones de la tribu, y procuran por lo tanto ocasiones para pronunciar arengas que duran hasta media hora, para decir una cosa que hubiera podido expresarse en cuatro minutos. Tienen un cuidado especial en hablar su idioma con pureza, pues si mezclan alguna palabra extranjera, se mofan los oyentes y aun se hace el orador objeto de la crítica mas severa.

El estilo que emplean en sus oraciones es enteramente figurado, alegórico, altisonante. Observamos que sus discursos constaban de las partes esenciales que le constituyen; notamos exordio, narracion clara, su confirmacion y su afectuoso epílogo. No deja de haber entre ellos algunos poetas, á los cuales distinguen con el nombre de *entugli*. Hemos visto que en sus juntas ó asambleas se han espresado de una manera enérgica, y que han procurado conmover al auditorio; y á veces han conseguido hacerles llorar, cuando el tema de la peroracion ha recaído sobre alguna materia lúgubre.

Respecto á las composiciones poéticas apuntamos una redondilla aconsonatada, que trascribimos en seguida:

«El mebein ni Niculantey,  
»Tilqui mapu meum.  
»Anca maguida meum,  
»Ayquinchey ni pello menchey.»

«Fui á dejar mi Neculante,  
»A las tierras de Tilqui.  
»¡Oh! homicidas faldas de cerro,  
»Que en sombras ó moscas lo conviertes.»

Un cacique, llamado Neculante, pereció en Tilqui, guerreando contra una tribu enemiga, y la composicion preinserta se refiere á su muerte; esta poesia consta de otras muchas cuartetos, que no pudimos apuntar, ni recordaban tampoco las personas que nos acompañaban el día que las escuchamos.

Sus médicos son algunos indios, á los cuales dan el nombre de *machis*; cuando la enfermedad ha comenzado, suministran al doliente algunas yerbas medicinales cocidas con agua, ó bien las aplican por medio de frotaciones en el sitio donde se presenta el mal. También usan el agua revuelta con pólvora y jabon, que traen de la frontera, y es el remedio mas eficaz, segun ellos, para toda clase de padecimientos. Si esta medicina ha sido estéril, proceden los *machis* á otras operaciones, que por absurdas y repugnantes, nos abstenemos de consignar aquí.

Cuando nace un niño, pocos dias despues de haber nacido, los padres buscan á un amigo ó pariente á fin de que le bautice. El padrino, que es el bautizante, convida á esta ceremonia á todos sus deudos y amigos, que reunidos se dirigen al tóldo del recién nacido, llevando consigo una yegua ó un caballo muy gordo. Luego que llegan al sitio designado, arrojan al suelo al caballo, le amarran por las cuatro patas, y sobre el vientre del animal colocan un poncho con unas espuelas, y cada cual va depositando sobre el vientre del cuadrúpedo un regalo destinado á la criatura. Seguidamente pide el padrino que le traigan á su ahijado, y lo pone sentado encima de los donativos allí depositados. Viene un pariente del padrino y saca el corazón del caballo, y lo pone en manos del padrino, el cual arrima este trozo de carne á la frente del recién nacido, diciendo: «Así te has de llamar: N. de N.» La concurrencia repite gritando el nombre; el padre recibe á su hijo. Terminada la ceremonia, beben, se embriagan y danzan á mas no poder.

Cuando un Peguenche quiere casarse, trasmite su propósito á todos sus parientes, con el objeto de que le ayuden á costear la paga que ha de costarle la mujer, y una vez convenidos, el novio indica el día en que han de ir con los presentes para pedir á la novia, y el sitio en que deben reunirse. Antes que salga el sol, está ya toda la parentela en el sitio prefijado, y tres ó cuatro de los mas ancianos, y reputados por mas elocuentes, se adelantan y penetran en el tóldo donde vive la novia. Despiertan á los padres de la muchacha, estos se levantan y disponen que se sienta la embajada en el departamento donde vive la novia. Antes de saludarla, arrojan al suelo algunas de las prendas que han de entregar como donativo. Luego la embajada abraza á los padres, y relata el panegírico del novio; el padre contesta igualmente, recomendando el mérito de su hija, y termina diciendo que hablen con la madre, que es la que debe cederla. Se dirigen á la madre, y respondiendo esta que no tiene inconveniente en ceder á su hija, vuelven á tratar con el padre acerca de las prendas que quiere. Este pide en proporcion á los parientes que tiene, á fin de poderlos contentar á todos, y concertado el ajuste, uno de los emisarios vuelve al lugar de la junta para que todos se aproximen al tóldo con los donativos que traen. Cada cual va dejando caer sobre el suelo, bien un par de espuelas, ó un poncho, etc., etc., y á medida que van saliendo, se van sentando enfrente del tóldo con las piernas cruzadas hasta formar un semicírculo, en el centro del cual se sienta el novio con su madre; delante de esta pareja se pone un asiento elevado, que forman con ocho ó diez mantas, y seguidamente sale el padre de la novia, saludando gravemente á la comitiva, y dice: «Dentro está; sáquenla.» Se levantan las mujeres, entran en el tóldo y la sacan para ponerla delante del novio, el cual la

coge y la sienta encima de las mantas. Despues de una comida y de un regocijo general, el novio se lleva á la novia á su tóldo, y quedan en completo y legal ayuntamiento.

La poligamia es permitida entre los Peguenches; pero como es tan costoso casarse con muchas mujeres, solo lo hacen los que son muy ricos.

Las mujeres casadas, además de entender en las ocupaciones domésticas y labores interiores, atienden á la limpieza y conservacion de los arreos del caballo del marido. Deben hilar, tejer para vestir al marido, vestirse ellas y á sus hijos. Con el producto de sus labores compran el trigo, el maíz y el añil que se necesita en la casa. Traen la leña sobre sus hombros, y acarrean en agua necesaria para las haciendas. Deben buscar el caballo y ensillarlo para que su marido le monte, y desensillarlo cuando regresa.

Apenas han dado á luz una criatura, se van á bañar al río, vuelven al tóldo, y prosiguen sus ocupaciones, sin que nada las suceda.

El alimento mas frecuente y mas apetecido de los Peguenches, es la carne de caballo, de cuyos animales tienen grandes manadas. Al tiempo de degollar al animal, aprovechan la sangre, bien para hacer morcillas, ó bien para lavarse la cara con ella. Les gusta el arroz cocido y el maíz asado. El trigo lo reducen á harina tostada, de la cual hacen diferentes comidas.

Su juego de azar mas predilecto es el de los dados, introducido por los españoles. Tenian otros, inventados por ellos, y segun oímos decir, bastante complicados é ingeniosos; pero han ido desapareciendo con la adopcion de los juegos europeos.

Son muy aficionados á lo que nosotros damos el nombre de adivinanza ó charada.

Los Araucanos son los que no han abandonado sus antiguos juegos, lo mismo que las costumbres de sus progenitores.

De estos indios nos ocuparemos en otro artículo, entre los cuales encontraremos usos estraños, pero en los cuales se revela una civilizacion mas adelantada, un espíritu nacional mas levantado, y caracteres verdaderamente dignos.

Lo que hemos referido acerca de los indios peguenches, es cuanto hemos podido adquirir respecto á sus costumbres y demas de que hemos hablado. Mucho hemos omitido, por respeto á la decencia y al decoro que debemos guardar ante nuestros lectores.

I. A. BERMEJO.

El ministerio de Ultramar ha publicado una importante disposicion.

Desde la publicacion de ella en la *Gaceta de la Habana* se suspenderá, por el término de seis meses, en todas las aduanas de la isla de Cuba, el cobro de los derechos de exportacion que gravan los artículos designados en el arancel vigente.

Esta franquicia librará, sin distincion de bandera, á las exportaciones que se hagan en el periodo indicado, de todo pago por los derechos establecidos, sin que ahora ni en tiempo alguno pueda exigirse y los exportadores, dueños ó consignatarios, la entrega de lo que hubieran debido adeudar durante los seis meses por razon del derecho arancelario, cuyo cobro se suspende.

Mientras dure el plazo de la suspension en el cobro, no se exigirá garantía alguna en las aduanas de la isla de Cuba para responder de que los buques conductores de efectos gravados con los derechos de exportacion, desembarcarán sus cargamentos sola y exclusivamente en puertos españoles.

Los administradores de aduanas y autoridades de marina de los puertos, sin entorpecer para nada la libertad del tráfico y de la exportacion, facilitarán á las dependencias centrales de Hacienda encargadas de la gestion de las rentas, los datos estadísticos necesarios para determinar la cuantía de los artículos exportados, y la suma de los derechos de que se les releve.

Segun parece se han entablado ó van á entablarse las oportunas negociaciones con los Estados- Unidos, á fin de que, con arreglo á la legislacion allí vigente, se conceda á las mercancías que de los puertos de la Union se esporten para Cuba las mismas franquicias que acaban de concederse á las producciones de Cuba, declaradas libres de todo derecho de exportacion.

En una carta de Lima se dá la noticia de haberse concluido la negociacion que habia sobre las guaneras de Mejillones con una empresa francesa, en la suma de 6 millones de duros, y se iban á empezar los trabajos de explotacion. Los 3 millones de duros que correspondian á Bolivia, segun los últimos arreglos verificados entre esta República y la de Chile, se los ha cedido la primera á la segunda para que atienda por cuenta de ambas á la guerra con España.

Leemos en un colega que no seria estraño adquiriesen varios españoles en Nueva-York el buque *Meteoro* que ha sido declarado buena presa por las autoridades anglo-americanas, y cuyo buque habian comprado y armado los chilenos para hacer la guerra á España.

Correspondencias recibidas de las repúblicas suramericanas están conformes en asegurar que los chilenos y peruanos se aperciben para la lucha; pero de cierto se sabe tambien que en ambos países no se quiere la guerra, y si cicatrizar las heridas, ya de la campaña con nosotros, ya de las disensiones interiores que los asedian.

## CARACTERES DISTINTIVOS

DE LA NOVELA FRANCESA.

Hemos delineado á grandes rasgos el géneo, el carácter, las costumbres, los sentimientos mas vivaces y profundos de la nacion inglesa (1).

La tarea que hoy nos proponemos llenar es un poco mas difícil y compleja; y, sin embargo, tambien hallaremos la principal clave para conocer el carácter y los rasgos distintivos de la novela francesa, exponiendo la diferente organizacion de la aristocracia de la nacion vecina. Tan profundo y tan poderoso es siempre el influjo de las aristocracias, y tan grande es al mismo tiempo la afinidad y la compenetracion, por decirlo así, de la vida social y literaria de un país.

Al cabo de diez y nueve siglos la Francia conserva en su carácter los rasgos principales, que con tan sustancioso laconismo delineó Julio César en sus famosos comentarios de *Bello Gallico*. El ímpetu para el ataque, la lijereza de sus costumbres y palabras, y su vidriosa y leve vanidad, fueron cualidades esenciales de los antiguos galos, y constituyen hoy los principales rasgos de la fisonomía moral de los franceses. Y estas condiciones de carácter esplican mas que ningunas otras el géneo, las costumbres y los sentimientos mas vivaces, constantes y profundos de la Francia actual, y nos darán una razon casi cumplida de la diferente organizacion de la aristocracia francesa é inglesa.

La nobleza francesa, como la nobleza de Castilla, fué siempre una nobleza guerrera y palaciega, y no fué jamás una nobleza política, como la aristocracia de Inglaterra y de Aragon. Y por regla general, y salvas siempre honrosas escepciones, ninguna profesion ni arte ejerce efectos mas deplorables sobre las costumbres civiles, y el respeto y amor á los demás hombres, que la vida militar y palaciega. Hay en la posesion continua de las armas y en el hábito de mandar tropas, como en el servicio de la córte, algo que predispone fuertemente á la generalidad de los hombres á mirar con desden y desprecio á los demás. Esta es una observacion que pertenece á todos los tiempos y á todos los pueblos. Pero cuando la vida militar y la vida cortesana se arraigan y toman una grande importancia social en un país de carácter vano y ligero, como es el carácter francés, entonces los efectos de aquella son mas delectéreos, perturbadores y funestos. Y estos efectos se han experimentado en la Francia con una fuerza é intensidad que no han sido sentidas en ningun otro país de Europa. En ninguna parte el noble ha mirado al plebeyo, al pechero y al villano con un desden mas insultante que lo ha hecho el noble francés con el que no lo era. El feudalismo con sus prácticas, las mas repugnantes é inmorales, y sus derechos los mas incompa-

(1) Véase nuestro número anterior.

Merced á la cariñosa amistad con que nos distinguen los hijos del eminente literato D. Ventura de la Vega, cuya pérdida lloran los amantes del verdadero esplendor de las letras españolas, podemos dar á conocer á nuestros lectores un importante trabajo inédito debido á la docta y elegante pluma de *El hombre de mundo* y *La muerte de César*. Es la traducción en verso castellano del libro primero de *La Eneida* de Virgilio, obra muy conocida y admirada de los eruditos, pero que por no haberse vertido hasta ahora á la lengua de Cervantes, como no fuese en las Universidades, solo su fama ha podido llegar á noticia de la inmensa mayoría de los que se consagran con afán á la lectura de los grandes poetas antiguos, y no conocen los idiomas en que estos escribieron.

No nos creemos en la necesidad de hacer un juicio crítico de *La Eneida* ni de la traducción, porque obras de esta clase están ya juzgadas por la admiracion constante de muchos siglos, y traductores como D. Ventura de la Vega no necesitan del encarecimiento del crítico. Al escribir estas breves líneas nos proponemos dos cosas: primera, hacer constar que si LA AMÉRICA tiene la honra de que en sus columnas se publique por vez primera este importante trabajo lo debe á la complacencia de los hijos del autor, y muy especialmente al Sr. D. Ricardo de la Vega, que con tanta honra suya como provecho de las letras españolas continúa las gloriosas tradiciones de su padre, y segunda, hacer público nuestro agradecimiento por distincion tan honrosa.

Réstanos solamente rogar á nuestros colegas, que se abstengan de reproducir en sus columnas este libro primero de *La Eneida*, pues no perteneciendo á LA AMÉRICA, sino á los herederos del ilustre traductor, les lastimarian en su derecho causándoles los perjuicios consiguientes, dando á conocer en parte una obra de cuya propiedad absoluta les garantiza la ley.

## LA ENEIDA DE VIRGILIO.

TRADUCIDA EN VERSO CASTELLANO.

## LIBRO PRIMERO.

Las armas canto y el varon que á Italia y á las lavinas costas el primero, prófugo á impulso de los hados, vino de las playas de Troya. Largos años acosóle por tierras y por mares el poder de los númenes, movidos por el rencor de la implacable Juno, en sus ódios tenáz. Tambien en guerras

tibles, con la acertada gobernacion del Estado, en ningun país existieron con el vigor y la pujanza con que se conocieron en la Francia. De aquí y de la leve vanidad ingénita al carácter francés, el que ningun país de Europa haya demostrado la pueril aficion que los franceses han mostrado al ennoblecimiento, ó á obtener bajo la monarquía absoluta, carta de hidalguía, y que hoy se revela con igual fuerza en el afán con que se buscan y codician las decoraciones de la legion de honor. El francés, tan nervioso, tan espiritual, tan fino, tan lógico, tan dado á la propaganda de las ideas, tan cosmopolita, parece un indio ó un pueblo de tribus ignorantes y semi-salvajes, según su aficion á *se tatuocer*, según el placer que le causan las cintas y los relumbros en sus vestidos.

Y este rasgo distintivo de su carácter ha sido una verdadera fatalidad por sus efectos tan desastrosos sobre el movimiento político y social de la Francia. Por eso, por los siglos de iniquidad y de irritante injusticia que las clases altas de la Francia y sus monarcas, los señores mas despóticos y absolutos que ha habido en Europa, han ejercido sobre el pueblo, se explica, no solo la poderosa fuerza y fecundidad de su literatura y filosofía del siglo XVIII, sino el carácter anárquico, perturbador y anti-social, que distinguió muchas de sus mas vivas y notables manifestaciones.

Examinad con detencion y profundidad el movimiento literario de la Francia en el siglo XVIII; consultad algunas de sus obras mas notables, las de Juan Jacobo Rousseau, las del baron de Holvach, las de Diderot, D'Alembert, y sobre todo, las que se ocuparon con preferencia de las cuestiones económicas y sociales, y en ningun país observareis que se exaltase tanto el estudio de la naturaleza; que se atacase con mayor audacia, que llega en algunas ocasiones hasta el cinismo, todo lo que la sociedad hasta entonces habia, no solo respetado, sino adorado con idolátrica supersticion: en ninguna parte, en ninguna nacion de Europa, se escribieron libros contra el cristianismo y la religion, como los que escribieron Voltaire, Pigault Lebrun y Volney; en ningun país se apeló tanto al examen y estudio de la naturaleza en su sencillez primitiva, y tan desnuda, y en algunas ocasiones tan repugnante, que en determinados libros se olvidan completamente la razon y el sentimiento, todas las facultades reflexivas, afectivas y artísticas del hombre, para presentar únicamente sus instintos animales y casi salvajes.

El talento de muchos escritores, y algunos tan notables como el de Destut Tracy, parece que no se emplea en otro caso que en negar la inmortalidad del alma, y todos los sentimientos elevados, santos y sublimes, para no reconocer ni admitir sino lo que se vé, se toca y se palpa con los groseros y materiales sentidos de la carne.

Al escpticismo tan atractivo de Montaigne, á la duda tan filosófica de Pedro Charron, al gran talento dialéctico de Cartesio, á la santa y grandilocuente ele-

padeció mucho, hasta llegar el dia que fundó la Ciudad, y que sus dioses en el Lacio asentó.—De aquí el latino linaje viene, los Albanos padres, y las murallas de la escelsa Roma.

Dime, oh Musa, las causas. ¿Por qué agravio á su deidad; por cuál ofensa airada la reina de los dioses, en tan duros trances lanzó y en infortunios tales á este varon, por su piedad insigne?— Tanto rencor en celestiales pechos!—

Fué una antigua ciudad, colonia tiria: Cartago era su nombre. Frente á Italia y á las bocas del Tiber tuvo asiento: opulenta en riquezas, y en las lides guerreadora terrible. En ella Juno, con preferencia á las del mundo todo, hizo su habitacion, por tal extremo, que aun á la misma Samos la antepuso. Allí sus armas tuvo, allí su carro; y ya la Diosa maquinaba entonces, si en hecho tal los hados consintieran, del Orbe hacerla universal señora.

Mas atenderlo habia que un linaje de la troyana sangre descendiente, llamado estaba á derrocar un dia los alcázares tirios, engendrando una nueva nacion, reina del mundo, y soberbia en la guerra, que la Libia lograrse exterminar: que así las Parcas hilado lo tenian.—Temerosa de caso tal la hija de Saturno, no se olvidaba de la antigua guerra que movió á Troya por sus caros griegos, ni de su pecho se apartaba un punto viva siempre la causa de sus iras y su amargo dolor: que en lo mas hondo de su mente grabados conservaba la sentencia de París, el agravio de su belleza despreciada, el odio á la troyana gente, y los honores que recibió el robado Ganimedes.

Con tales pensamientos encendida, del Lacio á los troyanos alejaba, errantes por el mar, restos salvados del furor griego y del tremendo Aquiles: y ellos, cediendo al hado, un año y otro así de mar en mar vagando andaban. Tan laborioso afán costar debía la fundacion de la romana gente!

Apenas de la costa Siciliana se hicieron á alta mar, con férrea prora cortando alegres la salobre espuma;

vacion de Bossuet, á las sublimes concepciones de Pascal, á la alta metafísica de Malebranche, sucedieron la falsa é incompleta filosofía, las falsas é incompletas nociones ideológicas de Condillac y de Destut Tracy. Y como según la profunda observacion del ático y profundísimo pensador de nuestros dias, el vizconde de Jockeville en su último libro sobre *L'ancien regime et la revolution*, en ninguna nacion de Europa ha sido tan vivaz, tan poco eficaz y poderoso el influjo de los hombres de letras, de tanta audacia, y de tanto cinismo en las ideas, al lado de tanto talento y agudeza como revela el movimiento literario de la Francia del siglo XVIII, no pudieron menos de resultar y resultaron de hecho aquella audacia, aquel cinismo y aun aquellos crímenes que afearon y mancharon el movimiento político mas atrevido y grandioso que han presenciado los siglos, y que conocemos con el nombre de revolucion francesa.

Desafiando á la censura, y sirviendo admirablemente á esta gran cruzada demoleedora los vicios y la inmoralidad repugnantes de la regencia y del largo y desastrosos reinado de Luis XV, se publicaron libros y escritos á porfia, en que al lado de concepciones grandiosas por su espíritu, aunque no lo fuesen en sus detalles ó desempeño, al lado de un grande y sentimental amor á la humanidad y á los derechos naturales é imprescriptibles del hombre, se lanzaron las ideas mas utópicas y romancescas y se persiguió con el sarcasmo, la ironía y la imprudencia mas notables, casi todas las cosas que los gobiernos y los hombres habian hasta entonces respetado como santas é inviolables. Pero digamos tambien, en honor de la humanidad, y en escusacion ó dispensa, ya que no justificacion de esta conducta de los grandes demoleedores literarios de este gran período de fecundísima actividad científica y social, que en ningun país la monarquía habia tomado un carácter mas absoluto, arbitrario é inhumano, en ninguna nacion la aristocracia habia adoptado un desden mas insultante hácia las demás clases, en ninguna parte la hipocresía religiosa, mezclada y combinada con la disolucion y liviandad de las costumbres, habia sido mas profunda, y en ninguna parte estaba por lo mismo mas legitimada esta reaccion tremenda, furiosa, y casi salvaje contra todo lo que existia. Por eso, al caer los ídolos antiguos, y al derribarse los altares y las iglesias, que el géneo un tanto supersticioso del pueblo francés habia levantado y adorado desde San Remigio y Clodoveo, fué tan vario, tan complejo, tan grandioso en la virtud como en el crimen el movimiento político y social de la Francia desde la gran Asamblea Nacional de 1789 hasta el consulado de Napoleon en 1800. ¿Qué de acontecimientos, qué grandeza, qué patriotismo, qué audacia, qué bravura, qué sabiduría, qué concepciones tan sublimes, y qué desvarío, qué demencia, qué desprecio á la vida de los hombres, qué de crímenes al servicio del fanatismo salvaje de las ideas, no admiró con recogimiento, con sobresalto y con horror la Europa entera en este breve período de once años! Parece imposible

cuando Juno, que eterna la honda herida

en su pecho guardaba, entre sí dijo:  
«Que al fin vencida el comenzado intento  
habré de abandonar, sin que consiga,  
de la Italia alejar al rey troyano!  
Los hados estorbármelo!—Pues Palas  
no incendió á su placer la armada griega  
y hundió en el mar á los aiquivos: todo  
por culpa de uno, por la furia loca  
de Áyax, hijo de Oíléo?—Palas misma,  
desde las nubes fulminando, armada  
con los rayos de Júpiter, las naves  
dispersó por el mar, turbó las olas  
con los vientos: en raudo torbellino  
arrebató al mancebo echando llamas  
del traspasado pecho, y en la punta  
de agudo escollo lo dejó estrellado.  
Y yo, que de los Dioses me apellido  
Reina, yo, hermana y cónyuge de Jove,  
con esa gente sola en larga lucha  
tantos años estoy?—Quién ya de Juno  
honrará la deidad, y suplicante  
irá en sus aras á imponer ofrendas!»

Esto la Diosa en su inflamado pecho  
revolviendo consigo, parte á Eolia,  
patria de las borrascas, negro albergue  
de los furiosos austros. Allí Eólo,  
Rey del antro espacioso, comprimidos  
bajo su imperio tiene á los rebeldes  
vientos y mugidoras tempestades,  
y con grillos y cárcel los enfrena.  
Ellos con gran rumor en torno al muro  
de la montaña braman indignados;  
y sentando en su alcázar eminente  
Eólo empuña el cetro, y su brioso  
ímpetu amansa y sus furioses templá.  
Que si no hiciese tal, por los espacios  
con rapidez arrebataran ellos  
la tierra, el mar, el firmamento mismo.  
Mas precaviendo este peligro el padre  
Omnipotente, en negras espeluncas  
encarcelarlos quiso, echando encima  
moles inmensas de elevados montes;  
y rey les dió que con prudente imperio  
y según la ocasion, ya refrenarlos,  
ó ya las riendas aflojar supiese.  
A este, pues, Juno en suplicantes voces  
así le dijo:—«Eólo; á tí que el padre  
de los Dioses y Rey de los humanos  
te dió aplacar ó embravecer las olas  
á poder de los vientos, á tí acudo.  
Gente enemiga mía ora navega  
por el Tirreno mar, y á Italia quiere

que un movimiento tan grande, tan fecundo, de tan inmensas y trascendentales consecuencias para la humanidad se realizase en el brevísimo espacio de once años, y terminase para la Europa, sobrecogida de espanto por aquella dictadura colosal, grandiosa, omnipotente, pero un tanto cínica y descarada, de Napoleón I. Cuando se medita y reflexiona sobre este acontecimiento, desde el cual data sin duda alguna una nueva era para la humanidad, no sorprende ni estraña, que al otro lado del canal de la Mancha, en la libre y parlamentaria Inglaterra, dos hombres eminentes, los dos mas grandes talentos de este gran país, rompiesen en un día los vínculos sagrados de una amistad santa, y diesen aquel dramático y casi trágico espectáculo que su Parlamento presencié, al observar el heroísmo con que se acometieron y se pelearon los dos mas grandes oradores de la época de Pitt, Barke y Fox, lanzando el primero los denuestos y las imprecaciones contra la Francia y su revolucion, proclamando el segundo en un momento de grandiosa inspiración, que el edificio levantado por la Revolución francesa era la mas estupenda fábrica que habia salido nunca del cerebro del hombre.

La fisonomía literaria de la Francia es no solo distinta, sino opuesta á la de Inglaterra. Los grandes novelistas franceses, como Victor Hugo y Eugenio Sué, Alejandro Dumas y Alfonso Karr, presentaron al principio de su brillante carrera literaria el reflejo de sus ideas y tendencias antagonísticas que indicamos al hablar de su filosofía y de su revolucion del siglo pasado. Como la antigua literatura y la antigua novela se complacian en exaltar los reyes y los grandes personajes, y desdeñaba como indignos los caracteres vulgares y populares, los grandes novelistas franceses instintivamente y como arrastrados por las corrientes de la opinion ó por el favor del público que lee, que se compone en mas de las tres quintas partes de las clases humildes y desheredadas, no parece sino que rivalizaron á porfia en deprimir y rebajar los grandes personajes, en describir grandes crímenes y vicios en las clases mas elevadas, y en exaltar á las humildes y menesterosas. En ningún país de Europa ha ejercido y ejerce la novela el influjo poderosísimo que ejerce y ha ejercido en Francia. Y puede decirse que en ningún otro género literario ha brillado mas este país, ni presenta escritores tan eminentes. Puede decirse con razon, que la novela es el primer producto literario de la Francia, y que la novela francesa es la novela por excelencia de la Europa, segun la perfección á que ha llegado; porque si despues de la revolucion de 1830 sus primeros ensayos, al lado de grandes bellezas y de una fecundidad inagotable, hallabamos cuadros repugnantes y caracteres repulsivos, estos defectos se han corregido despues, y hallamos en sus grandes novelistas todas las bellezas de la poesía épica, lírica, dramática y descriptiva trasportadas á sus romances con esa admirable facilidad de toque, con esa magia de estilo, y ese buen tono en algunas de ellas, y sobre todo en las de Alfon-

so Karr, que revelan y hacen recordar los aristocráticos y literarios salones de la antigua Francia, y que demuestran, sin ningún género de duda, que la sociedad francesa es sociedad por excelencia de la buena conversacion, del diálogo entretenido y de la mas agradable causería. La novela francesa es, en una palabra, fiel reflejo del espíritu cosmopolita y propagandista, del odio todavia no estinguído de los antiguos nobles, de la maravillosa actitud del pueblo francés para entretenerse y divertirse con su ingénita ligereza, del amor que le distingue hácia todo lo que es mas general que particular, mas humanitario que nacional, y del profundo conocimiento del arte, por la literatura, que se descubren y se revelan en las mas elaboradas producciones de los grandes novelistas franceses.

FERMIN GONZALO MORON.

#### FRANCISCA HERNANDEZ Y FRANCISCO ORTIZ.

Bajo este título acaba el filósofo alemán, llamado Böhmer, de publicar un curioso estudio biográfico referente á la época que precedió en España á la de la reforma protestante, época en la que tan vivo y fecundo era en nuestra península el movimiento de las ideas religiosas. De no haber tomado el espíritu nacional la inflexible dirección que le dió la sombría política de Felipe II, el espiritualismo cristiano que brillaba en parte de nuestro clero y entre las inteligencias mas cultivadas, sin habernos conducido al protestantismo, no hay duda que hubiera bastado para preservar á España de la gajmoñería y del fanatismo que esterilizó la alteza de pensamientos en que abundaban nuestros mas afamados teólogos y controversistas, y condujo nuestros mejores ingenios á las cárceles de la inquisición. Basta leer los discursos de los obispos y doctores españoles en el concilio de Trento para convencerse de que, de no haber pesado sobre nuestro clero el yugo de hierro del Santo Oficio, la ciencia se hubiera mantenido en España unida á la fé, y no se habria consumado el retroceso que nos condujo á la cola de la sociedad cristiana de la cabeza de ella, cual se encontraba la Iglesia española al comenzar el siglo XVI.

El doctor Böhmer ha sacado los materiales de su obra de los archivos de la inquisición de Toledo, y elaborado con ellos la historia de dos almas llenas de dulzura y de amor de Dios y del prójimo, mas interesante, sin embargo, por sus sufrimientos que por sus hechos. De Francisca Hernandez, principal heroína del drama, dice el autor menos de lo que seria de desear; pues despues de haberla puesto en escena y conducídola á las cárceles del Santo Oficio, no sabe decirnos cómo acabó la taumaturga. Las elucubraciones de esta en nada indican que simpatizase con las atrevidas dudas de los reformadores alemanes, y mas analogía ofrecen con los místicos favores de San Francisco de Asís ó de Santa Teresa de Jesus, la que tambien fué acusada ante la in-

quisición de herética, pero que mas animosa, mas resuelta, mas hábil y mas afortunada que Francisca Hernandez, acabó por ser puesta en los altares en vez de saba las identifica el biógrafo alemán con las que proficiera el *Abecedario espiritual* de Osuna, amigo de Francisco Ortiz, y grande admirador de Francisca Hernandez. Los adeptos de esta escuela recomendaban el recogimiento mental, reducir el alma á un quietismo absoluto, á una ausencia de toda iniciativa, de la que crecía nacia la disposición á identificarse con el espíritu de Dios. Físicamente creían contribuir á provocar este quietismo, cerrando los ojos hasta para oír misa, y en diez protestaban no pertenecer á la secta de los *Hernandados ó alumbrados*; pero sus prácticas religiosas y sus exhortaciones á los que seguían su enseñanza, establecen grandes analogías entre las dos sectas.

Era la Francisca Hernandez natural de Salamanca, y desde sus primeros años mostré tendencias á la vida mística y á la enseñanza religiosa. Quiso entrar en la religion de San Francisco, pero no habiendo conseguido profesar, se afilió á la Orden tercera. Adquirió tal fama de docta, que el guardian del convento de Salamanca le confió la enseñanza de sus novicios cuando apenas habia cumplido la Hernandez los veinte años. No tardó en ser denunciada á la inquisición, y hubo de comparecer ante el Santo Oficio de Valladolid. Defendióse con tanta maestría, que solo se la impuso una penitencia nominal. El inquisidor general, que á la sazón lo era el dean de Utrech, que despues fué Papa, tomando por nombre Adriano VI, quiso relevarla de la pequeña corrección impuesta por el tribunal, pero la mantuvo por la singular razon *«de que observaba en la Francisca un par de ojos mas alegres de lo que convenia á una sierva del Señor.»* Dos años despues la fama de Francisca como doctora, habia crecido tanto, que el Papa, que ya lo era Adriano VI, encargó á su confesor la escribiese que en sus oraciones pidiese por la persona del Pontífice y por su buen gobierno de la Iglesia. Ejercitábase principalmente la Hernandez en la enseñanza por actos de caridad señalados, y por curas, reputadas algunas de ellas como milagrosas. Atribuíasele que leía en los mas recónditos pensamientos, y que intimidaba á los hombres mas audaces, revelándoles lo que pensaban.

Segun el biógrafo alemán, el discípulo mas aventajado de la Francisca fué un religioso jóven de gran saber, elocuencia y virtud, llamado Francisco Ortiz. Apenas la hubo conocido este, que se prendió de ella con todo el ardor de una pasión pura de toda tendencia sensual, situación compleja y escabrosa, que, sin embargo se mantuvo siempre libre del menor escollo, y forma el principal interés de la obra.

Como muestra de la índole de las relaciones que existian entre la maestra y el discípulo, hé aquí una de las cartas del amante espiritual, que caida en manos de

llevar su Ilión y sus vencidos Dioses.  
Empuja allá con ímpetu los vientos,  
hunde sus naves; ó dispersas sean,  
y siembra de cadáveres el ponto.

Catorce ninfas de gallardo talle  
á mi servicio están, y entre ellas una  
á maravilla hermosa, Deyopéa,  
que en firme lazo juntaré contigo  
y tu esposa será; y en justo premio  
de tal favor, á tí por siempre unida,  
padre te hará de descendencia hermosa.—  
Eólo contestó:—«Tu oficio, oh Reina,  
es indicar lo que te place: el mio  
obedecer humilde tus mandatos.  
A tí este Reino, tal cual es, y el cetro  
que empuño debo, y el favor de Jove:  
por tí á la mesa de los Dioses sacros  
asiento digno tengo, y rey potente  
soy de las tempestades y borrascas»—

Dijo: y volviendo el cetro, con la punta  
impele el monte cóncavo; y los vientos  
cual cerrado escuadron, por donde espacio  
abierto se les dá, rompen con furia,  
y en revuelto huracan barren la tierra.  
Echase al mar, y desde su hondo asiento  
Euro y Noto revuélvengo á porfia,  
y Abrego proceloso, y á la playa  
cual montes vuelcan las hinchadas olas.

Siguese el vocerío de la gente  
y el crujir de las jarcias: luz y cielo  
roban las nubes súbito á la vista  
de los troyanos, y la negra noche  
se tiende sobre el mar. Truenan los polos:  
arde el aire en relámpagos continuos:  
todo la imágen de la muerte ofrece.

Siente Enéas al punto un mortal hielo  
por sus miembros correr: gime, y entrambas  
manos al cielo alzando:—«¡Oh una y mil veces  
felices, clama, aquellos que alcanzaron  
morir por dicha á vista de sus padres,  
lidiando al pié de los troyanos muros!  
¡Oh tú, varon fortísimo entre toda  
la griega gente! ¡Oh hijo de Tideo!  
que en los iliácos campos no lograra  
yo tambien sucumbir, allí exhalando  
mi espíritu á los golpes de tu diestra!  
Allí donde Héctor el terrible yace  
por la lanza de Aquiles traspasado:  
dó cayó el gigante Sarpedonte:  
donde el Simois revuelve entre sus ondas  
arreatados multitud de escudos,  
cascos y cuerpos de varones fuertes!»—

Mientras así clamaba, embrabecido

el rugiente Aquilón, hiere y desgarrá  
la vela con fragor, y á las estrellas  
alza las olas; trónchense los remos:  
sin gobierno el bajel tuerce la proa,  
y el costado presenta al oleaje.

Una montaña de agua salta encima  
y la cubierta barre: véense al punto  
unos allá colgando en la eminencia  
de la empinada ola: otros divisan,  
abierto el mar hasta el abismo, el fondo,  
y en bullente furor hervir la arena.  
Tres naves arrebatá el Noto airado  
y á peñascos latentes las arroja.—  
(A estos peñascos, que en el mar se esconden,  
aras llaman los Italos: escollos  
tremendos á flor de agua.) Embiste el Euro  
con otras tres, y ¡oh vista dolorosa!  
á las desnudas sirtes las empuja  
desde alta mar, las embarranca y ciñe  
con muralla de arena.—Una gigante  
ola rugiendo avanza, y á los ojos  
del propio Enéas, contra la alta popa  
rebienta del bajel que conducía  
al fiel Oronte y á los Licios: salta  
sacudido el piloto, y volteando  
cae de cabeza al mar: torna allí mismo  
contra el bajel la ola; le hace en torno  
por tres veces girar, y de repente  
lo sorbe el mar en raudó remolino.

Salen aquí y allí nadando algunos  
en aquel vasto abismo: á par flotando  
se ven armas, tablones y tesoros  
de Troya, por las ondas esparcidos.  
La poderosa nave de Ilióné,  
y la del fuerte Acates; la que á Abante  
lleva, la que el anciano Aletes rige,  
ceden á la borrasca: todas ellas,  
de sus costados rota y desclavada  
la tablazon, reciben en su seno  
por grietas mil las enemigas ondas.

Neptuno en tanto el gran murmullo siente  
del ponto, y el rugir de la borrasca,  
y su líquido imperio conmovido  
desde el profundo asiento. Con sorpresa,  
por contemplar el mar, sobre las altas  
olas asoma la apacible frente;  
y la armada de Enéas vé dispersa  
por el piélagó inmenso, y acosados  
á los troyanos por la mar y el cielo.  
Cuando esto mira, de su hermana Juno  
no se le ocultan el rencor y el dolo.  
Al Céfiro y al Euro ante su vista  
llama, y así les dice:—«Tal soberbia

vuestro linaje os dá, que tierra y cielo,  
sin mi licencia soberana, osásteis,  
oh vientos, remover, y esa terrible  
borrasca alzar? Yo os juro!—Mas primero  
urge aplacar las alteradas ondas;  
que esta insolencia pagareis en breve  
con sin igual castigo. Presto, osados,  
marchad lejos de aquí; y en nombre mio  
á vuestro rey decid que no el imperio  
del mar y el gran tridente fué por suerte  
á él concedido, sino á mí. Domine  
allá enbuenhora en el peñasco rudo  
que es, Euro, tu mansion: gócese Eólo  
en tal palacio, y á su antojo reine  
en la cerrada cárcel de los vientos.»—  
Dijo, y apenas acabó, en serena  
calma tendióse el mar: las apiñadas  
nubes ahuyenta, y restablece el día.  
Cimoteo y Triton, contra el escollo  
estribando á la par, de allí las naves  
desencallan por fin: Neptuno mismo  
con el tridente ayuda; por en medio  
les abre paso de las vastas sirtes;  
aplaca el mar, y en sus veloces ruedas  
sobre las altas ondas se desliza.

Tal cuando á veces se levanta un pueblo  
en furioso motin, y el freno rompe  
embravecida la grosera plebe,  
y por el aire vuelan arrojadas  
piedras enormes é incendiarias teas,  
y armas le dá el furor; si á dicha entonces  
aparece un varon de alto respeto  
por su virtud y méritos, al punto  
callan todos y dóciles le escuchan,  
y él con su voz las voluntades rige  
y los pechos amansa; tal en calma  
quedó el fragor del piélagó, con solo  
una mirada de su rey, que suelta  
la rienda á sus caballos, bajo un cielo  
jespejado y sereno, por las ondas  
tendidas vuela en su brillante carro.

Cansados los de Enéas, la cercana  
tierra ganar procuran y de Libia  
á la costa se tornan.—Hay en ella  
cierta bahía oculta y espacios:  
con sus opuestos bordes una isla  
forma el puerto: quebranta allí su furia  
el impetuoso mar, rómpese y corre  
por entrambos canales dividido.  
Do quier rocas altísimas: dos de ellas  
hasta el cielo se elevan, y á su sombra  
tiéndese el mar sereno y silencioso  
á largo trecho. Cubre las alturas

la inquisición sirvió de fundamento al proceso formado á la Hernandez por el terrible tribunal.

«¡Oh amada mía! ¡Oh mi mas puro amor! ¡Oh mi mas bendita é íntima existencia, tú la vida de mi alma, de mi corazón y de mis ojos! Algunos hechos recientes, mi corazón y naturaleza no es del todo aparente, me cuya precisa naturaleza es intensa admiración hacia aquella por medio de quien Dios dispensa tanta gracia y tantos beneficios.» La suplica Ortiz que obtenga que su madre, que es ciega, recupere la vista, lo cual considera fácil en manos de la Hernandez, á cuya voz, el que tocaba no permanecerá sordo. Le ruega además, que acepte como criada á su hermana Inés, y concluye la carta diciéndole: «¡Oh, amada mía! protegédme contra el padre guardian, quien quiere que mude mi sistema de predicar, lo que sería terrible para el que, como yo, ha empezado á ver la luz.» El P. Ortiz se despidió de la que llama su amada, firmándose «su humilde hijo y siervo de su infinita gracia, que anhela besar con profunda reverencia vuestros sagrados pies, que tambien son los míos.»

Por ridícula que parezca esta jerigonza, ella es hija de una excitación moral dirigida á fines espirituales, que dejados á su natural curso, y templados por la razón, por la moral y una autoridad religiosa, suave é indulgente, habrían evangelizado el catolicismo español en vez de haberlo materializado y reducido á lo que era á fines del siglo XVII. á un culto de ceremonias y de prácticas, escaso de inspiración, y vecino de la idolatría.

El gran pecado de la doctora salamanquina, lo que la hizo odiosa á la inquisición, no lo fueron tanto sus doctrinas, las que se anatematizaron *á posteriori* cuando se hubo resuelto proceder contra ella, como lo fué la independencia de su vida y de su enseñanza.

La Hernandez no había entrado en religión, y no era fácil sujetarla á la dirección espiritual de la ortodoxia oficial exclusiva y dominante. No era además muy escrupulosa en los ayunos y penitencias; se vestía con aseó y primor, y aunque se mostraba muy generosa para con los pobres, la clericontería se escandalizaba de que hubiese una doctora, una mujer que gozaba de autoridad en materias espirituales, y que no vivía sujeta á las prácticas comunes de la vulgar devoción. La inquisición de Toledo se encargó de hacer cesar el escándalo, y redujo á prisión á la cristiana erudita y filósofa, que se dedicaba á hacer amar la religión, sin hacerse esclava de los que de ella se habían propuesto hacer objeto de tráfico y mercadería.

El interés dramático del libro del Dr. Boehmer crece de punto entrando en la historia de los procedimientos inquisitoriales. El P. Ortiz, sabedor de la prisión de la Hernandez, discurre por qué medios podrá venir en ayuda de la inocencia de su maestra, y se decide al mas atrevido de los temperamentos á que pudiera optar un fraile, al partido extremo de proclamar desde el púlpito la anulacion, fundada en argumentos religiosos, de los

procedimientos incoados contra la Virgen sierva de Dios. Aprovechó para realizar su designio la circunstancia de ser él el encargado de predicar un sermón en la catedral ante el cabildo y todas las autoridades reunidas y entregándose á todo el ardor de su imaginación y sin medir la imprudencia que iba á cometer subió al púlpito como el granadero que vá al asalto, como el mártir que se arroja á las llamas, aunque como veremos, sin estar dotado del temple de alma de los que saben morir por una convicción. El texto de su sermón era el del profeta Amós, en el que dice: «¿No oís el leon que ha rugido? El Señor Dios ha hablado y el impío al profeta.» Enumerando en seguida los que refiere el Antiguo Testamento haber sido perseguidos por haber sustentado con la palabra y las obras los mandatos del Señor, alzó con énfasis y lleno de santa cólera su voz de trueno para denunciar el pecado que acaba de cometerse en Toledo encarcelando á Francisca Hernandez, la sierva del Señor. Apenas hubo el entusiasmado fraile lanzado el cargo, y sin darle tiempo para sustanciarlo, el auditorio eclesiástico prorumpió en anatemas y escitó un tumulto que arrancó al predicador de su cátedra casi hecho pedazos por la multitud de fanáticos que se precipitaron sobre él.

Del templo fué conducido el P. Ortiz á la cárcel de la inquisición, formándosele uno de aquellos largos y terribles procesos peculiares á la jurisdicción del Santo Oficio, proceso cuyos pormenores y fórmulas tienen grande interés para los lectores extranjeros, y que el erudito autor alemán compendia con particular esmero, pero que pasaremos por alto contentándonos con mencionar que á los siete meses de entablada la causa, período asombrosamente rápido para un proceso de inquisición, el fiscal produjo la acusación calificando á Ortiz de apóstata, promovedor y defensor de herejías, y enemigo declarado del Santo Oficio, y pidiendo fuese entregado al brazo secular, esto es, condenado á muerte por el solo delito de haber predicado un sermón temerario. Al alegato fiscal, que el prisionero llama una *torre de Babel*, contestó en un difuso escrito de ocho pliegos seguido de la *réplica*, de la *súplica* y de toda la conocida tramitación inquisitorial. En vano la esposa del emperador Carlos V que protegía á Ortiz, se empeñó con los inquisidores. El 20 de Julio de 1531, el tribunal presentó al acusado *sesenta y tres proposiciones* de las que debía retractarse. El 28 del mismo mes contestó Ortiz, conviniendo en algunos errores de hecho y de doctrina, pero manteniendo sus protestas contra la prisión de su madre y de su maestra. Pero antes que el procesado contestase, el tribunal lo había ya sentenciado. Durante seis meses ignoró Ortiz la suerte que le esperaba, y cuando le fué notificada, le faltó valor y consintió en la retractación en los términos que se la habían pedido los inquisidores. El 21 de Abril de 1532 se verificó el *auto de fé*, en el que Ortiz suscribió cuanto se le había exigido y en el que se le impusieron diferentes penas disciplinarias y canónicas, confinamiento por dos años

en el convento de Torrelaguna y privación de decir misa y de confesar durante cinco años. Además se le hizo prometer y jurar que jamás volvería á tener comunicación de palabra ni por escrito con Francisca Hernandez.

Ortiz murió en Torrelaguna el año de 1546, pero se ignora, ó por lo menos todavía no se ha descubierto, cuál fuese el fin de la virtuosa y docta vírgen, cuyos animados ojos desconcertaron al inquisidor general y futuro Papa Adriano; si el inexorable tribunal la redujo á la impotencia y al silencio por medios análogos á los empleados con su discípulo, ó si la sospechada de libre pensadora pagó con la vida su atrevimiento en la cárcel de la inquisición.

El estudio de las ideas, de las costumbres y de los hechos de la época que precedió á la reforma, y el de la manera como aquel gran suceso influyó en el ánimo de las clases ilustradas en nuestra España ocupa la atención de los extranjeros, al paso que entre nosotros se mira ó con indiferencia ó como antiguallas poco dignas de los eruditos. Mucho, hay sin embargo, que aprender en las memorias de un tiempo en el que el ingenio español figuraba en primera línea, en el que el espíritu religioso era el móvil de nuestra grandeza y continuó siéndolo ínterin aquel espíritu fué expansivo y se daba la mano con los adelantos sociales. Pero con la inquisición vino otra decadencia; y el fanatismo que aprisionaba al arzobispo de Toledo Carranza, y esparció el terror en nuestras universidades, concluyó á la vez con el verdadero espiritualismo cristiano y con las excelencias de nuestra condición civil.

Andrés Borrego.

## EL COMERCIO DE CABOTAJE.

### I.

Sabido es que el comercio es la rama de la industria que se ocupa del transporte y distribución de los productos, y que desde el momento en que la agrícola y la fabril adquirieron cierto grado de desarrollo, hubo necesidad de que hombres especiales se consagrasen á ensanchar la esfera de los simples cambios; porque comerciar es mas que cambiar; es trasportar y distribuir, no ya para satisfacer las necesidades propias de los que realizan inmediatamente la operación, sino para poner las riquezas al alcance de los demás hombres, produciendo un beneficio á la sociedad, y un provecho legítimo para el que les presta este servicio, llevando á cabo esta utilísima operación.

El comercio, á medida que se perfecciona, realiza la idea del progreso humano: nacido de la idea sencilla del cambio, que bastaba á la satisfacción de las necesidades de los pueblos primitivos, hoy representa ya funciones parecidas á las de la producción propiamente dicha; porque facilita la división del trabajo; pone al alcance de todos los hombres las condiciones naturales de cada region de la tierra para determinados productos, que sin el comercio redundarían solo en provecho de unos pocos, perdiéndose el excedente de ellos, sin utilidad para los pobladores de los

campo selvoso de verdor brillante, do con sombría magestad un bosque tenebroso descuella. Hay á su frente, de encorvados peñascos guarecida, vasta caverna, y un remanso dentro de dulces aguas, y de viva piedra asientos por do quiera. De las ninfas aquella es la mansion. Allí, ni amarras han menester las trabajadas naves ni aferrarse del anca al corvo diente.

Con siete solas, única reliquia de cuantas trajo de su patria, Enéas allí arribó. De hollar la tierra ansiosos, saltan al punto á la anhelada costa los troyanos, y tiéndense en la playa, sus cuerpos á orear, del mar bañados. Hiriendo luego el pedernal Acates, brota ligera chispa; cunde el fuego en secas hojas, y aplicado en torno alimento mayor, prende la llama.

Sacan con gran fatiga á tierra el grano averiado del agua, y los precisos instrumentos de Ceres; y en el fuego á tostarlo se aprestan, y en la piedra á molerlo despues.—Sube entretanto á una alta roca Enéas, y por todo aquel extenso mar la vista tiende, por si tal vez, juguete de los vientos, divisa á Anteo, ó los bajeles Frigios, ó á Capis ó en las popas arbolada la enseña de Caico.—En vano todo. Nave ninguna ve!—Solo tres ciervos errando por la orilla, y á su espalda una manada entera, que formando escuadron dilatado, por el valle paciendo andaba.—Párase, y al punto el arco toma y las veloces flechas que el fiel Acates le llevaba.—Postra primero á los tres guias que ostentaban arbóreas astas en la erguida frente: dispara luego á la cuadrilla, y toda por el fragoso bosque se desbanda: siguela, y no desiste hasta que en tierra derriba siete corpulentas reses, número tal, que iguale al de sus naves.

Vuelve al puerto: la presa entre los suyos distribuye, y el vino con que Acestes, héroe famoso, en la trinacria playa sus toneles llenó por despedida; y hablando así, sus pechos contristados procura consolar:—«Oh compañeros! (que ya antes de hoy en padecer lo somos) á mayores trabajos avezados

sin duda estais: tambien á los presentes pondrá término un Dios.—¿No sois vosotros los que el furor de la rabiosa Scila y el tronante bramar de sus peñascos supisteis arrostrar? ¿los que de cerca el antro de los Cyclopes mirasteis? Ánimo, pues, y el miedo se desecho. Acaso llegue un dia en que con gozo estos trabajos recordeis. Por medio de tan varios sucesos y de tanta multitud de reveses, el camino ganando vamos hacia Italia, en donde tranquilo asiento nos depara el hado; que allí concede á nuestro afan el Reino de Troya renovar.—Vivid, amigos: guardaos para gozar tiempos felices!»—

Dijo; y de angustia poseído, el rostro esperanza aparenta, y en el alma comprime hondo dolor.—Ellos en tanto ponen mano á la presa, disponiendo el futuro festin. Desuellan y abren las reses: unos pártenlas en cuartos que palpitando en asadores clavan: otros calderas en la playa ponen y las aplican fuego.—Al fin las fuerzas les vuelve el alimento, y por la verde yerba tendidos, hártanse á porfía de añejo vino y succulenta caza. Libres del hambre, alzadas ya las mesas, larga plática entablan, recordando sus perdidos amigos, y fluctúan entre el temor y la esperanza: vivos este los juzga, aquel los llora muertos, y ya no aguarda que á su voz respondan. Sobre todos Enéas, ya del bravo Orontes, ya de Amico la desgracia gime, y de Lico la funesta suerte, y á Gias y á Cloanto valerosos.

Y ya espiraba el dia, cuando Jove desde la etérea altura contemplando el mar de naves lleno, y las extensas tierras, las playas y remotos pueblos; en medio al cielo se detiene, y fija en los Libicos reinos su mirada.

Absorto el Dios en pensamientos tales, Venus con faz tristísima le mira, y arrasados en lágrimas sus ojos, así le dice:—«Oh tú, que los destinos de hombres y Dioses con eterno imperio riges, y el mundo con el rayo aterras; ¿cuál culpa, dime, contra tí ha podido mi Enéas cometer?, cuál los Troyanos, para que el orbe entero se les cierre,

por cerrarles la Italia?—Prometido me tienes tú que, á renacer tornando el linage de Teucro, engendraria andando el tiempo, esa Romana stirpe, esos grandes caudillos que á sus plantas verán la tierra, el mar, el mundo todo. Qué causa, oh padre, tu formal promesa te obliga á retirar?—Ay! ella sola me consolaba en la fatal ruina de la incendiada Troya! acá en mi mente oponiendo á un desastre una esperanza!

Mas viendo estoy que la desgracia misma los persigue do quier.—Cuándo resuelves poner fin, oh gran Rey, á sus trabajos?

Pudo Antenor, de entre la armada griega escapando veloz, cruzar seguro el mar de Iliria y el Liburnio reino; y superar la fuente del Timavo, que con alto rumor por nueve bocas del monte al mar se lanza, y cual sonante piélago sobre el campo se derrama; y la ciudad de Padua para asiento de los Teucros fundar, su nombre darles, el Troyano blason plantando en ella; y hoy en tranquila paz allí reposa. Y nosotros, Señor, progenie tuya, nosotros que del cielo en el alcazar por tí esperamos soberano asiento, nuestras naves perdemos (oh desdicha!) y por agenas iras se nos veda llegar á Italia, y lejos de sus playas se nos arroja!—¿El galardón es este debido á la piedad?—¿Así el imperio ofrecido por tí nos restituyes?»—

Dulce sonríe el padre de los Dioses; y con aquel semblante que serena tempestades y cielo, á la hija amada cariñoso besó, y así le dijo.—«No temas, Citeréa: es inmutable de los tuyos el hado.—De Lavinio tú verás la Ciudad, tú las murallas prometidas verás, y en las estrellas colocarás del soberano cielo al magnánimo Enéas.—No se rompe mi palabra jamás.—Y pues te apura ese cuidado tanto, oye, que quiero hasta edades remotas descubrirte del hado los recónditos arcanos. Él en Italia una tremenda guerra sostendrá; domará pueblos feroces; ciudades fundará, y usos y leyes dará á sus hijos; y en el Lacio al cabo tres estios veranle y tres inviernos

restantes. Transportar es en cierto modo producir; pues aunque el té, el azúcar y el tabaco, por ejemplo, tienen en Asia y en América idénticas cualidades físicas que en Europa, su utilidad sería completamente perdida respecto de la parte de estos productos no consumida por los asiáticos ó americanos.

El comercio es además la aplicación de la actividad humana que mas ha contribuido á la civilización: los hombres, como las diversas comarcas en que habitan, tienen aptitudes apropiadas para la explotación ó producción de determinados objetos de consumo, según las ventajas que les prestan circunstancias especiales; su tendencia natural es utilizar estas ventajas, producir lo que les es fácil, y obtener por medio del cambio aquellos otros productos de que carecen; y las necesidades, ensanchándose á medida que se les ofrecen medios de satisfacerlas, han ido estrechando cada vez mas las relaciones humanas; primero entre los individuos; mas tarde entre las diversas tribus; despues entre las entidades políticas que se constituyeron, y últimamente, entre los grandes continentes en que el mundo se divide.

Si escribiésemos siquiera unos elementos de economía política, tendríamos especial cuidado en advertir que el comercio, al elevarse de la esfera del simple cambio, hace algo mas que transportar; se encarga de distribuir; porque, en efecto, de poco servirían los transportes, en cierta escala, si las múltiples categorías del comerciante, desde el almacenista por mayor hasta el buhonero y el revendedor ambulante, no pudiesen los productos al alcance de los consumidores. Hacemos esta indicación, porque, si bien la escuela de los fisiócratas que negaba al comerciante la cualidad de productor, no tiene ya partidarios, todavía algunos economistas dicen que el comercio no es otra cosa que transportar. Sobre este punto poco se puede añadir á lo que han dicho Say y Adam Smith en cuanto al principio; pero queda algo que esplanar en cuanto á la forma.

Importa por lo tanto examinar las diversas categorías de las relaciones comerciales, no ya entre las diversas naciones, sino entre los diversos puntos continentales de cada país y las regiones que, aunque apartadas por grandes distancias ó por razones geográficas, forman parte de una misma entidad política, en cuya categoría se cuentan las provincias ultramarinas, las colonias y las posesiones de cada país respectivo; que por estos nombres y algunos mas se denominan, según la clase de relaciones ó de dependencia que las une á las metrópolis.

La cuestión que al presente nos proponemos examinar no es la de la utilidad del comercio, de que nadie duda, sino el diverso grado de utilidad que resulta para las naciones de dirigir con preferencia sus esfuerzos á esta ó la otra clase de relaciones comerciales, en aquellos casos en que quepa elección. Por ejemplo, siempre que se trate de adquirir en un punto dado un artículo que el país que lo desea no produce dentro de sus dominios, como, por ejemplo, el vino y el mercurio considerados desde Inglaterra, es evidente que la elección tendrá que recaer en el país extranjero de producción que ofrezca mas ventajas; en el caso de que el mismo país las presente indudables para adquirirlas sin salir de sus propios dominios, cual debe ser el medio de realizar la adquisición, ya eligiendo entre los transportes terrestres ó el cabotaje, en caso de haber elección posible, ya procurando introducir las modificaciones necesarias en la legislación para conseguir el objeto; por último, en el caso de alternativa entre el país propio y los extraños, cuán-

do conviene remover los obstáculos que opone el régimen económico establecido por el Estado, y cuando abandonar toda idea de exclusivismo comercial, y entregarse á las corrientes de la ley natural económica, siempre invariable y siempre fecunda para el bien, huyendo del empleo de los medios artificiales, que tan funestos resultados han producido en el largo periodo de su aplicación.

Los tres casos se presentan particularisimamente en España, así entre las provincias continentales y adyacentes á la Península, como respecto de las Antillas, como en las demás provincias y posesiones que todavía conservamos en el resto del mundo. Por lo tanto, al encabezar estos artículos con el epigrafe Comercio de cabotaje, no nos proponemos limitarnos á la acepción geográfica de la palabra, empleándola en su sentido restringido y propio que se aplica al comercio verdaderamente costero, ni nos detendremos en hacerla aplicable al que se verifica entre naciones bañadas por un mismo mar; daremos por estension este nombre á la navegación de altura, al *long cours* de los franceses, siempre que los puntos de origen y destino de las mercancías correspondan á una misma bandera, como entre la Península y las Antillas ó las Filipinas, ó entre la Gran Bretaña y la India inglesa ó el Canadá. Queremos, en una palabra, pensar mas en la idea de asimilación de intereses, que en la de distancia, y mayores ó menores dificultades de comunicación; bien entendido que esto no significa de ningún modo exclusivismo preconcebido y sistemático, ni mucho menos, sino exámen de la cuestión y deseo de ponerla en terminos de que, partiendo de la acción mas libérrima, el comercio elija lo que sea mas conveniente á sus intereses y á los generales del país. En materias de comercio, como en otras muchas, partimos del cosmopolitismo, como criterio el menos espuesto á error.

Pero el cosmopolitismo no se opone á que cada nación procure sacar partido del comercio de transporte; tanto porque este alimenta las industrias propias, facilitando salida á sus productos, como porque el transporte constituye en sí mismo una industria útil y lucrativa para el país que lo ejerce: él crea la categoría del alto comercio, que por las dotes de capacidad, elevación de miras y probidad intachable que exige, provee al país de una clase respetable, que eleva en muchos grados la moralidad pública, y extiende el crédito general de la nación en el exterior; clase cuyos servicios pueden medirse por la pingüe retribución que en general obtiene. El comercio de transporte promueve además las construcciones de obras públicas, las navales, las de grandes depósitos y almacenes; proporciona ocupación á considerable número de marineros y operarios de todas clases, y desarrolla por lo tanto la industria en el interior.

Aun en el caso de ser limitada ó nula la producción propia de los países que á ella se consagran, la industria comercial pasiva, es decir, la ejercida como intermediarios de las producciones de otros pueblos, supone una verdadera industria nacional; presta un gran servicio á los países cuyos productos transporta, y distribuye y reporta grandes utilidades para ellos mismos. Cartago y Fenicia en los tiempos históricos; Génova, Venecia, Pisa y Amalfi, en la Edad media, y Holanda y las Ciudades Anseáticas en nuestros días, ofrecen ejemplos de estos emporios mercantiles con escasas condiciones propias de producción.

Nada importa que el comercio pasivo vaya á alimentar directamente la industria extranjera; que deje á los demás países el cuidado de abastecer el mercado del pueblo que lo ejerce, porque sabido es que la industria de que se trata

no se establece sino á falta de otros empleos menos arriesgados y mas sedentarios de los capitales en el territorio propio, y prueba que estos empleos están ya satisfechos, y que quedan otros capitales disponibles para llevar la actividad nacional al exterior.

Hay mas: así como los países cuentan circunstancias favorables de clima y de suelo para producir cereales, caldos, maderas, metales, materias textiles, etc., etc., los hay dotados por la naturaleza de situación, buenos puertos y ríos navegables y otras condiciones propias para comerciar; y no aprovecharlas, no sacar partido de estos dones de Providencia, sería tan reprobable como no cultivar las campos fértiles, ni explotar las minas.

Pocas materias hay, pues, mas dignas de ser tratadas que el comercio en el doble concepto de su ejercicio activo, ó sea el de procurar el cambio de los productos propios, estimulando el aumento de la producción, y en el del pasivo, de que acabamos de ocuparnos, ó sea el de un pueblo que desempeña, respecto de otros, funciones parecidas á las que ejerce el individuo comerciante entre los individuos agricultores ó fabricantes, para transportar y distribuir los objetos producidos. Pero, no obstante lo mucho que se ha escrito y adelantado en la materia, todavía queda mucho que escribir y que adelantar: aunque parezca á muchos extraño y admirable, todavía no se ha fijado y establecido bien la idea del comercio; todavía se interpretan mal los documentos estadísticos que á las transacciones comerciales se refieren; y en vez de luz se sacan de ellos argumentos de hecho para estender y perpetuar el imperio del error. Diremos algunas palabras acerca de cada uno de estos dos inconvenientes esenciales que se presentan al escribir sobre materias mercantiles, convencidos de que todavía no son ociosas las reproducciones de los argumentos en favor de la verdad, puesto que está muy lejos de dominar en el terreno especulativo tratándose del comercio. Los hombres mas ilustres han contribuido á estraviar la opinión, de modo que se ha hecho mas daño á veces al tratar de ilustrarla, que abandonándola en el limbo de la ignorancia.

Condillac, entre otros, presintió que el comercio aumentaba la riqueza de las naciones; pero fué de un modo vago, que le hizo incurrir en un error al explicar la manera de producirse.

«¿Qué debemos á los comerciantes? dice el autor de la *Ciencia de la legislación*. Si, como todos suponen, se cambia siempre una producción por otra de igual valor, por mas que se multipliquen los cambios, es evidente que, despues, lo mismo que antes, existirá la misma cantidad de riqueza ó de valores. Pero es falso que en los cambios se dé siempre valor igual por valor igual; al contrario, cada uno de los contratantes dá una utilidad menor por otra mayor. Cierta señora, amiga mia, contaba el dinero para pagar una tierra que habia comprado, y decia: *Es una felicidad poseer una tierra á cambio de esto*. En esta simplicidad se encierra un raciocinio muy exacto: se vé que daba poco valor al dinero que habia conservado en su gabela, y que por consiguiente daba un valor menor por otro mayor. Por otra parte, el vendedor de la tierra se hallaba en circunstancias análogas, y pensaba: *He vendido muy bien*. Estaba convencido de haber dado menos por mas; este es el caso en que se encuentran todos los que verifican cambios. Efectivamente, si se cambiara siempre valor igual por valor igual, no habria ganancia para ninguna de las partes contratantes. ¿Cuál es la razon? Porque no teniendo las cosas sino un valor relativo á nuestras necesidades, lo que

reinar sobre los Rútulos vencidos. Sucederá el niño Ascanio, que hora Yulo añade á su nombre: (Ylo llamado cuando existió Ylion.) Verá en el trono treinta giros del Sol en torno al orbe; y trasladando de Lavinio el reino asentarálo en Alba: Alba—la—longa, por él de inmensa fuerza coronada. Ya de año en año allí los hijos de Hector trescientos reinarán; hasta que Ylia, Reina y sacerdotisa, en solo un parto dos gemelos dé á luz, prole de Marte. Será uno de ellos Rómulo, que alegre sobre sus hombros por blason llevando la roja piel de su nodriza loba, juntará un pueblo, la Ciudad de Marte fundará, y á sus nuevos moradores Romanos llamará, del nombre suyo. Á estos Romanos ni barreras pongo ni término señalo: les he dado un imperio sin fin.—Y hasta la misma Juno, esa áspera Juno, que hoy medrosa fatiga el mar, la tierra y el Olimpo, á consejo mejor tornará un día, y á par conmigo exaltará al Romano togado pueblo, rey del universo.—Tal es mi voluntad.—Las venideras edades, en humilde servidumbre de la casa de Asáraco á las plantas verán á Phtia y á la gran Micenas, y subyugada y sierva á Grecia toda. De esta Troyana esclarecida sangre nacerá César, que heredando el nombre de Yulo el grande, llamaráse Julio: limite de su imperio será solo el Océano, y de su fama el Cielo. Cargado con despojos del Oriente recibirásle en el Olimpo un día, y aras y culto le dará la tierra. Entonces ya, las lides apagadas, el aspezo de los siglos rudos suavizándose irá; y el universo por la cándida Fé será regido, y por la pura Vesta y los hermanos Quirino y Remo. Las funestas puertas del templo de la guerra con cerrojos fuertes serán cerradas: ni el mas leve resquicio quedará. Dentro el impío Furor, sentado sobre horrendas armas, y con cien férreos nudos ambos brazos á la espalda amarrados, roncos gritos exhalará de la sangrienta boca.— Esto dijo: y bajar del alto cielo

mandó al hijo de Maya, y en las tierras y de Cartago en los recientes muros hacer que hallasen acogida franca y hospitalario albergue los Troyanos; no aconteciese que ignorando Dido los decretos del hado, de su Reino los quisiera arrojar.—Las alas bate el mensajero, y por los aires vuela, y á las Líbicas playas raudo baja, y su mandato cumple.—Ya deponen la natural ferocidad los Penos, por voluntad del Dios; y más que todos la Reina Dido penetrar se siente de espíritu apacible y de benigna inclinación en pro de los Troyanos. En tanto el pio Enéas, que en la noche mil varios pensamientos revolvía, al primer rayo de la blanca aurora salió á explorar los ignorados sitios. Saber queria, y á los suyos luego con certeza contar, á qué regiones los arrojará el viento, y si habitadas eran de hombres ó fieras; tan incultas se mostraban do quier.—En medio á un bosque, bajo cavada roca guarecidas con árboles en torno y densas sombras, sus naves ocultó; y acompañado de solo Acates, el camino emprende, y dos venablos en la diestra empuña de ancha punta acerada.—De la selva iba por la mitad, cuando á su encuentro sale su madre, en trage, rostro y armas á doncella Espartana semejante; ó á la Amazona Harpálice, que aguija sus caballos, y vence en la carrera del Hebro la corriente arrebatada. Tal iba, á fuer de cazadora, el arco lijero de los hombros suspendido, la cabellera desparcada al viento, desnuda la rodilla, y con un lazo por encima la túnica prendida. Ella primero adelantóse á hablarles de esta manera:—«Eh! jóvenes, de cidme si á una de mis hermanas por acaso visteis en estos sitios, con aljaba y con pellico de manchado lince; ó si su voz oisteis acosando en la carrera al jabali espumoso.»—Así Venus habló, y así su hijo le responde:—No he visto yo á ninguna de tus hermanas, ni su voz tampoco ha llegado hasta mí.—Mas dime, oh virgen, ¿por quién debo tomarte?: tu semblante

no es de mortal, ni humano es el sonido de tu voz. Ciertamente tú eres Diosa, de Febo hermana, ó de las Ninfas una. Vive feliz, y dale algun alivio á nuestro afán, diciéndonos qué cielo es este que nos cubre, en qué regiones nos hallamos por fin. Peregrinando, sin conocer ni sitios ni habitantes, andamos por aquí, donde los vientos nos arrojan y las hondas bravas. Habla; y de muchas víctimas, oh Diosa! cubrirán nuestras manos tus altares.»—Venus le respondió:—«No soy por cierto digna de tal honor. Llevar aljaba uso es comun en las doncellas Tirias, y en purpúreo coturno el pié calzado.—Viendo aquí estás las Púnicas comarcas, la ciudad de Agenor, el tirio pueblo. De la Libia son estos los confines, gente en la lid feroz.—La Tiria Dido, huyendo de su hermano, aquí los muros alza de una Ciudad, y en ella impera. Largo el relato de su ofensa, largos sus pormenores son. Narrarte solo lo culminante de la historia quiero. Su esposo era Siquéo: no le habia en Fenicia mas rico, ni que fuera de su mísera esposa mas amado. Entregósele el padre tierno virgen con felices presagios.—Mas en Tiro su hermano Pigmalion reinaba entonces, el malvado mayor de los malvados.—Pronto el furor á dividirlos vino.—Ciego este impío del amor del oro, dió al incauto Siquéo, ante las aras, secreta muerte á hierro, sin cuidarse del amor de su hermana.—Largo tiempo fingió el perverso, y el suceso oculto supo tener, con vanas esperanzas entreteniendo á la apenada amante. Mas ya en sueños por fin, la imagen misma le apareció del inseputo esposo, pálido el rostro y con terrible aspecto: mostró el desnudo pecho, traspasado por el hierro ante el ara, y el delito en la casa ignorado, hizo patente. Acelerar su fuga le aconseja y abandonar la patria; y por que sirva á su marcha de auxilio, le descubre escondidos tesoros, suma inmensa de plata y oro, en tierra sepultada.—Conmovida á tal nueva, apresta Dido con los suyos la fuga. Al propio trance





No hay tampoco medio de combatir este argumento fundado como el anterior en la razón de ser del comercio, que exige menor valor en los puntos de origen de las mercancías que en los de consignación. Podrá, sin duda, haber cuestión de más ó menos; pero los documentos responden á la racionalidad del principio teórico y responden siempre; luego la estimación de valores tiene alguna significación, aunque se considere como accesorio.

Expuestas estas consideraciones preliminares, en nuestro inmediato artículo nos ocuparemos en concreto del comercio de cabotaje.

FRANCISCO JAVIER DE BONA.

### INFLUENCIA DE LA FILOSOFÍA MATEMÁTICA

EN EL ESTUDIO Y PROGRESO DE LAS CIENCIAS EXACTAS (1).

(Conclusion.)

Creo, señores, que es exacta la opinión que he formado de las apreciaciones de Sócrates, las cuales prueban más aun que los sofismas y paradojas de los sectarios de Epicuro y de Pirron, la falta entre los antiguos de un criterio esencialmente filosófico para juzgar y apreciar los principios fundamentales de la ciencia matemática.

Natural era, por consiguiente, la historia lo patentiza, que las ramas de la ciencia cultivadas entre los antiguos floreciesen y progresasen tanto en su parte contingente y tan poco en la especulativa, siendo en su consecuencia la geometría el estudio más especial y casi exclusivo en aquellas remotas edades. Así veremos desarrollarse esta rama de la ciencia matemática, cuyo origen conocido se fija en Egipto, en el reinado de Sesostri, según las autorizadas opiniones de Herodoto y de Newton. Tales, siete siglos antes de la era cristiana, hizo rápidos progresos en la geometría, muy especialmente en las propiedades de los triángulos del círculo. Pitágoras, en este siglo siguiente, arrancando á los sacerdotes egipcios sus noticias acerca de dicha ciencia, contribuyó de una manera notable á su adelantamiento, y muy poderosamente con dos proposiciones fundamentales: la de ser igual á dos rectos la suma de los tres ángulos de un triángulo rectángulo, es igual á la suma de los formados sobre los catetos. Dos siglos despues de Platon, fundador de la Academia de Atenas, en cuya puerta se leía esta inscripción: *Aquí no entran los que ignoran la geometría*, abrió más extensos horizontes á esta ciencia, inspirando además á sus discípulos el amor á su estudio; viniendo tres siglos antes de la era cristiana Euclides, autor de los *Elementos* que tanto han honrado su nombre y enriquecido la ciencia, en los que encadenó con tal lógica las proposiciones geométricas, que ninguno de los que han intentado posteriormente reformar su método ha logrado alcanzar otro tan rigurosamente establecido.

De los elementos de Euclides, diez libros corresponden á la geometría y tres á la aritmética. Pero ¡qué diferencia, señores, entre los trabajos geométricos y los aritméticos! Los primeros son de un rigor, de un encadenamiento y de un método tan sabiamente concebido, que, como dejo manifestado, no ha podido ser sustituido por otro más útil para la ciencia; mientras que los segundos, no solo se ha-

(1) Véase nuestro número anterior.

hay ya sitio ó región en la ancha tierra que no llené la voz de nuestras cuitas? A Príamo no miras?—Justo premio aquí también á la virtud se otorga: también aquí se llora! el infortunio conmueve aquí las almas!—Deja el miedo: y de esta fama la salud espera.» Esto dice; y recrea sus miradas en la inerte pintura: le contrista de casos varios el recuerdo aciago, y largo llanto sus mejillas baña. Los combates contempla que vió un día en derredor de Pérgamo: los griegos huyendo aquí de la troyana hueste: allí los Frigios, que en su carro acosa el penachado Aquiles. No distantes reconoce con lágrimas de Reso las blancas tiendas, por traición vendidas al hijo de Trideo, que en las horas del primer sueño penetrando en ellas, las devastó con hórrida matanza; y del vencido los corceles bravos á su campo llevó, sin que gustasen de Troya el pasto, ni del Janto el agua. En otra parte, á Tróilo fugitivo, al mancebo infeliz que con Aquiles osó medirse en desigual combate, sus caballos arrastran; de sus armas desnudo vá: sobre su propio carro derribado de espaldas, y aun las riendas en la mano empuñando: en tierra tocan su cabeza y cabello desgreñado que el suelo barre; y con la lanza vuelta abriendo va en el polvo un largo surco. En tanto, al templo de la adversa Palas las doncellas de Ilion, suelto el cabello, suplicantes, llorosas con las manos golpeando su pecho, un péplo llevan por ofrenda á la Diosa, que los ojos de ellas aparta y en la tierra fija. Tres veces arrastrado en torno al muro de Troya el cuerpo de Héctor, á su padre allí Aquiles lo vende á precio de oro.— De su profundo pecho lanzó Enéas un gran gemido, los despojos viendo, y el carro, y el cadáver de su amigo, y á Príamo tender la mano inerme. A sí propio también vióse mezclado en recia lid con los caudillos griegos, y descubrió las orientales huestes, y del negro Memnón también las armas. Guiando su falange de Amazonas, de lunados broqueles, al combate

llan á tal altura, sino que se resienten del atraso de ideas filosóficas; y la teoría de los incommensurables es un dédalo en que difícilmente puede penetrar la inteligencia de ningún matemático.

No seguire trazando los adelantos sucesivos de la geometría, porque no me propongo historiarla, y porque en realidad, esta rama de la ciencia, considerada aisladamente, no hizo notables progresos desde la época de Euclides, ni era posible que los hiciera sin auxilio del análisis. El primer paso verdaderamente filosófico y de inmensa importancia dado en la ciencia matemática, es la invención del álgebra, sin el que aquella hubiera permanecido estacionaria ó adelantado muy poco. Este descubrimiento permitió aplicar el análisis á todas las ramas de la ciencia cultivadas hasta entonces, dándole el impulso poderoso que cabe en la generalidad de su espresion y sus métodos. Pero los progresos del álgebra fueron muy lentos, y tanto, que conociéndose ya desde su mismo origen la resolución de las ecuaciones de segundo grado, no empezaron á resolverse las de tercero hasta fines del siglo V de la era cristiana. Esta lentitud en su desarrollo, y la escasa y poco filosófica aplicación que se hizo del álgebra á la geometría, impidieron por mucho tiempo que se obtuviesen los inmensos resultados á que estaba llamado este gran descubrimiento. Hasta mediados del siglo XVI no empieza verdaderamente el período filosófico de la ciencia matemática. Francisco Bacon fue el primero que, siguiendo con inteligencia suma el camino abierto por nuestro admirable Juan Luis Vives (protejido un tiempo de Enrique VIII de Inglaterra, y verdadero iniciador de la reforma científica, medio siglo antes del canciller de Verulamio), substituyó con gran éxito á los sutiles argumentos y vanas hipótesis, entonces tan en uso, la observación de los hechos y el resultado de la esperiencia, llegando á ser, por muchos y bellos trabajos, el padre, digámoslo así, de la filosofía experimental. Galileo no se dedicó con menos ardor ni inteligencia al estudio de las ciencias, y especialmente de la matemática, siendo el que inventó el péndulo y descubrió las leyes de la pesantez. Mucho deben estos conocimientos á las investigaciones de tan gran filósofo, cuyo nombre ha pasado á la posteridad y vivirá en las generaciones futuras, tanto por su ciencia, como por las persecuciones que esta le hizo padecer.

Brilló despues el génio de Descartes, verdadero renovador de la filosofía matemática. La existencia de este sábio ilustre señala uno de los períodos más gloriosos para dicha ciencia, y enriqueció con grandes descubrimientos, entre los que descuella la aplicación de las fórmulas algebraicas á la investigación de las propiedades de las curvas geométricas, gérmen fecundo de los grandes progresos que se hicieron ulteriormente en el análisis algebraico. Desde este momento el álgebra y la geometría, ramas separadas de la ciencia matemática, constituyeron una sola tan fecunda, que fueron resueltos por ella, con admirable sencillez, problemas tenidos hasta entonces por insolubles. Desde esta época, las cantidades geométricas y las algebraicas son unas mismas desde el punto de vista filosófico, teniendo por base radical los cuatro algoritmos primitivos de la suma, resta, multiplicación y división de las cantidades indeterminadas. La geometría analítica es, además, el primer paso dado para crear la unidad sistemática, bello ideal de la ciencia, que tiene su fundamento en los algoritmos primitivos, unidos á las intuiciones puras de la forma y de la cantidad.

Pero á pesar de este descubrimiento, aun la ciencia ma-

se arroja con furor Pentésiléa, que por debajo del cortado pecho atado lleva el ceñidor dorado, y virgen es, y con varones lucha. Mientras suspenden al Dardanio Enéas tan altas maravillas, y los ojos en cada objeto embebecido fija, hé aquí que al templo se adelanta Dido, la hermosísima Reina, acompañada de numerosa juventud en torno. Cual Diana en la margen del Eurotas ó en las cumbres de Cinto, el coro guía, y acuden mil Oréades formando apiñado cortejo en torno suyo: ella, la aljaba al hombro suspendida, entre las diosas marcha, y sobre todas descuella en magestad; y henchido el pecho siente Latona de secreto gozo: tal Dido apareció: tal iba ufana entre todos marchando, y á las obras impulso daba y al futuro reino. Entra en el templo, y sobre escelso trono debajo de la cúpula erigido, cercada de guerreros toma asiento, y mientras leyes y sentencias dicta, y las diversas obras entre todos con equidad reparte, ó dá por suerte, vé de improviso Enéas acercarse en gran tropel á Anteo y á Sergesto, y al valiente Cloanto y varios otros de los troyanos, que la negra furia de la tormenta dispersó, y llevados á otras orillas por las ondas fueron. Pásmase Enéas, y á la par Acates, y entre gozo y temor, ambos ardian en vivas ansias de estrechar sus manos; mas del suceso la ignorada causa sus ímpetus embarga: disimulan, y en la cóncava nube guarecidos, averiguar esperan cuál la suerte de aquellos hombres es, en qué riberas han dejado sus naves, con qué objeto se dirigen allí: de los bajeles los jefes eran, que favor pedían, y con clamor al templo se acercaban. Entran, y obtienen para hablar permiso; y el principal de todos, Ilionéo, con plácida expresion así comienza: «Oh Reina, tú á quien Júpiter concedé nueva ciudad fundar, y en justo imperio fieras gentes regir, á ti acudimos estos troyanos míseros, llevados de mar en mar por fieros huracanes:

temática estaba encerrada en un estrecho círculo, de que no le permitian salir los conocimientos filosóficos y principios fundamentales de la análisis, adquiridos hasta dicha época. El análisis algebraico solo podia aplicarse á las cantidades finitas; y por tanto, era imposible penetrar hasta los elementos constitutivos de las cantidades, bien se considerasen algebraicas ó geométricas, ni descubrir las leyes de su generacion. Los cuatro algoritmos primitivos, no podían aplicarse más que á lo que las distintas ramas de las matemáticas presentaban de finito; pero de ningún modo á los elementos constituyentes de las cantidades: preciso era crear un nuevo sistema, unos nuevos algoritmos, que permitisen hacer con dichos elementos las mismas operaciones que con las cantidades finitas, y que pudiesen servir para toda clase de especulaciones matemáticas; era preciso, en fin, sujetar al cálculo de cantidades infinitamente pequeñas, sin representacion tangible en el mundo exterior ni en el cálculo infinito. La empresa era árdua, y solo podia realizarse por un nuevo descubrimiento esencialmente filosófico y casi providencial. Este hecho se efectuó en la segunda mitad del siglo XVII, debido á dos géneos privilegiados que, inspirados por una misma idea fecunda y trascendental, lo desentvolvieron por distintos medios. Newton con su admirable concepcion del cálculo de las fluxiones, y Leibnitz con el de dos infinitamente pequeños; crearon casi al propio tiempo y por diversos caminos el cálculo de las cantidades diferenciales; y adoptando para estas una forma simbólica, y estableciendo como base de su introduccion en el análisis, principios filosóficos, sólidos é indestructibles, abrieron á la ciencia el inmenso campo en que habia de ejercer imperio, y le dieron medios de penetrar en la esencia de los cuerpos y de las cantidades, arrancándoles el secreto de su constitucion y generacion, y de las admirables leyes que la rijen. Si el ánimo se contrista y oprime al considerar la pobre opinion que los hombres tan ilustres como Sócrates tenían de las matemáticas, dilátase por el contrario en los serenos é inmensos horizontes por donde se extendió la ciencia desde el descubrimiento del cargo de las fluxiones. Desde esta época, desaparecieron y alazaron los escollos en que se estrellaban, y las barreras en que se vieron encerradas inteligencias superiores: el cálculo de las cantidades infinitamente pequeñas ó diferenciales se apoderó de la geometría, de la mecánica, de la astronomía, y de todas las ramas, en fin, de la ciencia matemática, que, poco fecundas hasta entonces, se extendieron en el camino de la investigación de la verdad y de la resolución de los grandes problemas científicos.

El cálculo de los infinitamente pequeños tuvo tambien sus impugnadores; y aunque entre ellos no se encuentran algunos, como Berkeley, que pretendia probar la no existencia de los cuerpos, y que la geometría es contraria á la religion (como pudieran decirlo los sofistas discípulos de las escuelas de Epicuro y de Pirron), fuerza es confesar que en general la censura fue de criticos que, no hallando en el nuevo cálculo toda la rigurosa exactitud que requeria un elemento tan poderoso, lo combatian en nombre de la certidumbre que la ciencia exige. Además de no conceptuar matemático el sistema de introducir por via de adición en los cálculos, elementos que, por ser infinitamente pequeños, no podian en realidad considerarse como cantidades: no juzgaban posible ni exacto que se despreciasen los infinitamente pequeños de segundo orden, creyendo que esta operacion hacia del cálculo de Leibnitz, uno de aproximacion, falta de la rigurosa exactitud del cálculo finito. Pero el gran

oh! no permitas que inhumano fuego incendie nuestras naves: gracia otorga á este pio linage, y nuestra suerte benigna mira con propicios ojos. No con el hierro á derribar venimos los Líbicos Penates, ni á llevarnos el robado botín á los bajeles: no hay para tanto en nuestras almas fuerza, ni tal soberbia en los vencidos cabe. Hay una antigua tierra, que los griegos Hesperia llaman, belicosa y fértil: los Enotrios varones la habitaron; y segun fama, Italia la apellidan sus hijos hoy, del nombre de su jefe. Nuestro rumbo era allí. Mas de improviso álzase el Oríon tempestuoso, y agita el mar, y á los latentes vados nos arrojan los austros bramadores: y la borrasca vence, y por las ondas entre fieros peñascos nos arrastra. Por fin, á vuestras costas arribamos los pocos que aquí ves.—Mas ¡qué linage de gentes hay aquí? ¡Qué pueblo es este de costumbres tan bárbaras, que niega hospedaje en su playa, y nos acosa, hasta impedirnos asentar la planta en la primera tierra que tocamos? Si con desprecio tal á los mortales y su fuerza miras, temed al menos, á los Dioses temed, que nunca dejan sin premio al bueno, sin castigo al malo. Nuestro Rey era Enéas: más piadoso varon, más justo, ni mejor guerrero no hubo jamás: si nos lo guarda el hado, si aura vital respira, si aun no habita el pavoroso reino de las sombras, nada nos acobarda; y de haber sido tú la primera que nos desampara, no te arrepentirás: ciudades y armas en Sicilia tenemos, donde el noble Acestes reina, de troyana sangre. Licencia danos de sacar á tierra nuestras naves, del viento maltratadas, y madera cortar en estos bosques, y de remos armarlas. Si de nuevo á nuestro Rey y amigos recobramos y nos es dado navegar á Italia, con gozo á Italia, al Lácio partiremos. Si huye toda salud; si en sus abismos, oh, de los Teucros amoroso padre, te esconde el mar de Libia; si aun perdida vemos de Yulo la esperanza; al menos por el mar Siciliano hagamos rumbo











